

Profesor *Rolando Mellafe Rojas*
Premio Nacional de Historia 1986



CULTURA FRANCESA Y FRANCOMANÍA EN AMÉRICA LATINA: EL CASO DE CHILE EN EL SIGLO XIX*

Jean Pierre Blancpain**

Recién conquistada la independencia, las Américas Latinas, ávidas de "progreso", miran hacia Francia y se ponen a su escuela; en esto, Chile dista mucho de haber sido una excepción.

Descenso a los Infiernos después del período fasto de la Ilustración, el catastrófico embrollo de las guerras civiles de la Independencia constituye, para la historiografía chilena, una aurora exaltante¹, anunciadora de nuevos tiempos. Por su hondo significado, el período ocupa un lugar privilegiado² en todas las historias tradicionales: cualquier correría cobra ribetes épicos, los vencidos del momento aparecen como visionarios providenciales, y las destrucciones acumuladas, como sacrificios necesarios para lo que se llamó "el progreso europeo del país"³; un progreso impulsado por el entusiasmo "positivista" de elites atentas a "descastellanizarse", aproximarse a las naciones modernas, y enriquecerse con experiencias de otros países: esto haría que la joven República tomara conciencia de que sólo avanzando podría existir⁴. Sea por subordinación, desarraigo o simple incorporación a la historia universal

*Artículo publicado en *La Revue Historique*, t. CCLXVIII. 2. París, 1982. Traducción del profesor René Charó.

**Profesor del Lycée Français. Baden Baden. República Federal Alemana.

¹La época 1810-1830, con frecuencia, es calificada como la "alborada de Chile", y el primer periódico de la Independencia, fundado en Valdivia por Camilo Henríquez el 13 de febrero de 1812, se intitulaba *La Aurora de Chile*.

²Cf. el estudio de P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, 1964, p. 191-195.

³Título o subtítulo de numerosos anuarios oficiales dedicados, entre 1890 y 1925, a las "colonias" europeas de Chile, a sus actividades y a su contribución al enriquecimiento del país.

⁴Cf. H. Ramírez N., *Panorama de la vida chilena en la época de la fundación del Instituto Nacional*, Santiago, 1953, p. 43.

tras las huellas de las grandes potencias, el hecho es que Chile hace en el siglo XIX con Europa —y, en el ámbito intelectual, con Francia— el encuentro que ha deseado.

No debe sorprender que por tal motivo la investigación histórica haya otorgado a Chile, en el curso de los últimos diez o veinte años, un lugar de privilegio. Merece este país —Frédéric Mauro lo señalaba últimamente— no ser confundido con sus vecinos y dejar de figurar en aquellas vastas síntesis que, en su mayoría, yuxtaponen aún en nuestros días las historias paralelas de los nacionalismos anteriores a auténticas naciones.

Son numerosos los trabajos referentes a las intervenciones que, en el siglo XIX, han podido parecer decisivas para el porvenir de Chile; en primer lugar están las actividades económicas y comerciales británicas⁵, con frecuencia descritas en términos justificados, pero emotivos y dogmáticos, hablándose, por ejemplo, de imperialismo y dependencia⁶. Asimismo las relaciones con los Estados Unidos⁷, o también el tema, siempre importante en América Latina, de la inmigración europea, particularmente entre 1880 y 1914⁸.

Pero nada, o casi nada, se ha dicho hasta ahora —aunque esta omisión ha sido señalada⁹— acerca de la “impregnación francesa de las élites”¹⁰, los parentescos y afinidades espirituales que trae consigo, la difusión de las ideas, representaciones y comportamientos franceses en el ámbito social chileno. Tampoco se ha dicho gran cosa acerca de la participación directa de los inmigrantes franceses en el desarrollo del país. Ahora bien, Chile se ha mostrado durante mucho tiempo receptivo y xenófilo, afirmando por sus voceros más autorizados¹¹ una voluntad de modernización rápida con la cooperación de

⁵Estudiadas por J. Fred Rippy, L.R. Pederson, D. Bermúdez. La explotación del salitre y el papel desempeñado por los británicos en los acontecimientos de 1891 han sido estudiados por Harold Blakemore, particularmente en *British Nitrates and Chilean Politics 1886-1896: Balmaceda and North*, Londres, 1974.

⁶Particularmente por M. Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile*, Santiago, 1953; J.C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile*, Santiago 1955; A. Pinto Santa Cruz, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, 1959. Las conclusiones del libro, ya clásico, de H. Ramírez, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, 1960, son calificadas de “falsificaciones fantasistas” por A.J. Bauer en *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge, p. 214.

⁷Vistas por W.H. Sherman, *The Diplomatic and Commercial Relations of the United States and Chile, 1820-1914*, Boston, 1926; H.C. Evans, *Chile and its Relations with the United States*, Durham, NC, 1927; F.B. Pike, *Chile and the United States, 1880-1962*, University of Notre Dame, 1963.

⁸Analizada por C. Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentine and Chile, 1890-1914*, Austin, Texas, 1970. Ver también, respecto a la opinión chilena sobre este tema de la Independencia en 1914, J.-P. Blancpain, “Intelligentsia nationale et immigration européenne au Chili”, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, París, t. xxvii, 1980, p. 565-600, y *Jahrbuch der Geschichte für Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Colonia, Bd. 18, 1981, p. 239-290.

⁹Por S. Collier en “The Historiography of the Portalian Period (1830-1891) in Chile”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, N° 4, nov. 1977, p. 686, N° 126.

¹⁰La expresión corresponde a V.-L. Tapié, *Histoire de l'Amérique Latine au XIXe. siècle*, París, 1944, p. 264.

¹¹Particularmente el presidente Manuel Montt y su ministro del Interior Antonio Varas, impulsador de la colonización alemana de Chile austral. “Agente de colonización en Europa”, el escritor

europeos inteligentes y eficaces, resueltos a integrarse plenamente a la comunidad nacional¹².

Con sólo iniciar el listado de los aportes franceses a la construcción humana e intelectual de Chile, se observa el rechazo de cierta tradición ibérica a cambio de una mayor apertura frente a las grandes corrientes de la cultura europea. Sin embargo, para una comprensión más ajustada es menester inquirir más allá del exclusivo campo de las letras e ideologías. Sobre este país que, como sus vecinos, "ha ligado su destino al de una nación que parecía colmar sus aspiraciones y realizar sus sueños"¹³, el sello francés ha sido tal vez más profundo. Éste no sólo ha marcado a poetas errantes, diplomáticos exiliados y otros b hemios latinoamericanos provistos de tiempo y dinero, quienes, "salvo contadas y heroicas excepciones"¹⁴, preferían el barro de Montparnasse a su propio país.

El estudio de las relaciones intelectuales entre Chile y Francia lleva a nuevas averiguaciones acerca de la sociabilidad, la sensibilidad, la densidad y las metamorfosis de una nacionalidad que poco a poco se define, dejando en un segundo plano no sólo su herencia, sino también la pasión del verbo, la exaltación del individuo, el demasiado frecuente recurso a los excesos.

Lugar de relegación, confín de imperio, pariente pobre del mundo colonial ibérico, Chile, independiente en 1818, no tendrá el honor de ser visitado por Humboldt¹⁵. Sin embargo, ya en 1830, por tanto antes que otros países americanos arruinados y debilitados por muchos años, Chile llega a ser un oasis de paz, una "feliz excepción"¹⁶, un refugio para todos los exiliados de nota del continente¹⁷. Gracias a la firmeza de un multiministro visionario, Diego Porta-

Pérez Rosales afirma en 1854 en su *Memoria sobre emigración, inmigración y colonización*, p. 20, "la palabra 'extranjero' en cuanto a sus efectos sobre el hombre en particular es, en sí, inmoral. Debe desaparecer del diccionario... La palabra 'extranjero' ha sido suprimida en Chile. Es hermano y chileno cualquiera que venga a refugiarse donde nosotros". La xenofobia no aparece en Chile sino en los años 1880 con la ola de la inmigración multinacional.

¹²La selección de los eventuales migrantes ha sido siempre, sin embargo, una preocupación de los teóricos y de las autoridades nacionales. Así Vicuña Mackenna en su informe de 1865, *Bases del Informe presentado al Supremo gobierno sobre la inmigración extranjera por la comisión nombrada con ese objeto*. Igualmente Nicolás Vega, *La inmigración europea en Chile, 1882-1895*. Ver nuestro análisis, "Intelligentsia nationale...", *op. cit.*, sobre todo p. 575-579, 586, 597.

¹³M. Ugarte, *Initiation à la vie en Argentine*, París, 1936, p. 146; citado por V.-L. Tapié, *op. cit.*, p. 264.

¹⁴Según Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, 1974, p. 92.

¹⁵Pero sí por Eduard Poeppig, sabio modesto y analista pertinente de la sociedad rural de este país en *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstrome während des Jahres 1827-1832*, Leipzig, 1836, vol. 1. Esta primera parte chilena de la expedición fue el objeto de una traducción de Carlos Keller bajo el título *Un testigo en La alborada de Chile*, Santiago, 1960.

¹⁶La expresión es del argentino Alberdi, *El Mercurio*, N° 7, 346, Valparaíso, 5 marzo 1852.

¹⁷Desde la victoria de los "pelucones" en Lircay en 1830, Chile llega a ser una "isla de paz" en América Latina, un "asilo contra la opresión", según las propias palabras de su himno nacional compuesto poco tiempo después. Recoge los naufragos de las guerras civiles, de las dictaduras y de la anarquía. Entre los más conocidos, los argentinos Vicente Fidel López, Félix Frías, Sarmiento,

les, los conceptos de leyes, de constitución y de libertades adquieren, en la República modelo del hemisferio, “un contenido mágico ... más eficaz para la mantención del orden que la habitual tiranía del sable”¹⁸. Por muchos años, Chile logra en América Latina —con la ayuda de sus éxitos militares¹⁹— una reputación halagüeña, gracias a la firmeza de sus presidentes²⁰, a la competencia de su alta administración²¹, y a la rigurosidad de su gestión. Más allá del continente, su imagen exterior es servida por sus grandes historiadores²²; éstos, por la calidad de sus obras y su propio desempeño político, pero también por su constante y respetuosa referencia a modelos europeos, supieron presentar a su país como la Pequeña Europa de las Antípodas, réplica ultramarina feliz —y por tanto ejemplar— de los más prestigiosos y prósperos Estados del Viejo Mundo²³.

Mitre, Alberdi, Ocampo y Gutiérrez que huyen de la dictadura de Rosas. Padre del Código Civil chileno, el venezolano Andrés Bello será nominado “Gran Maestro” de las letras chilenas.

¹⁸Ránquil, *Capítulos de la historia de Chile*, Santiago, 1973, p. 76.

¹⁹Particularmente contra la confederación Perú-boliviana de Santa Cruz (1836-1839) con el desembarco de Blanco Encalada en Perú en 1837 y la victoria de Bulnes —futuro presidente de Chile— en Yungay el 20 de enero de 1839; más adelante, de 1879 a 1881, la guerra del salitre, llamada “del Pacífico”, resalta aun más el prestigio militar de Chile: Lynch ocupará el Perú durante tres años y medio, y el tratado de Ancón (20 octubre 1883) dará a Chile Tacna y Arica.

²⁰Exaltada por la historia “genética” de Encina quien, estigmatizando la “decadencia nacional” y la fronda aristocrática después de 1891, llega de contragolpe a la apoteosis de los “hombres fuertes”: Portales, el fundador; Manuel Montt, el renovador (1851-1861); Santa María, anticlerical autoritario, presidente de 1881 a 1886; finalmente, el progresista y dictador Balmaceda, víctima de los oligarcas en 1891.

²¹Intendentes provinciales y gobernadores de departamentos. Honestos, competentes, activos en su mayoría, sobre todo antes de 1891, pero paralizados por la falta de fondos y por un excesivo centralismo administrativo. Sus informes (*Memorias*) al Ministro del Interior son una valiosa fuente para el conocimiento del Chile provinciano. Sus subordinados —jueces de distrito y subdelegados— no parecen poseer las mismas cualidades; a menudo son incompetentes, concusionarios, sensibles a todas las presiones, cuidadosos sobre todo de “arreglar” las elecciones e insensibles a los preceptos del catecismo oficial, el *Manuel del Subdelegado*, redactado especialmente para ellos en 1874 por M.J. Balmaceda.

²²Diego Barros Arana (1830-1907), Miguel Luis Amunátegui (1828-1888) y Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), el triunvirato, grandes historiadores de un pequeño país y eminentes actores de la vida política de su tiempo. El primero es el autor de una *Historia general de Chile* en 16 volúmenes (1884-1902), detenida en 1833, pero completada por *Un decenio de la Historia de Chile, 1841-1851*, publicado en 1913. A Vicuña Mackenna, liberal admirador de Portales y espíritu enciclopédico, se le debe, entre otras, una biografía del fundador, *Don Diego Portales, juicio histórico*, Valparaíso, 1861, no sobrepasada hasta hoy, según Collier. Con su *Descubrimiento y conquista de Chile*, Amunátegui precede al gran erudito José Toribio Medina en la minuciosa reconstitución del pasado nacional. Hoy como en el siglo XIX, Chile ha estado siempre, con respecto a la investigación histórica, más adelantado que sus vecinos. Sin duda alguna, ningún otro país de Hispanoamérica le es comparable.

²³En su *Essai sur le Chili*, publicado en Hamburgo en 1857, Pérez Rosales califica a su país (p. 14) de “verdadera fracción europea trasplantada a cuatro mil leguas del otro hemisferio y que sus instituciones liberales, su amor por el orden, sus progresos cada vez más grandes, sus variados recursos, sus actividades comerciales y su paz permanente han ubicado en una situación excepcional frente a las otras naciones del mismo origen”. En cuanto a Vicuña Mackenna, él promete en

Tal es al menos la imagen oficial, pocas veces enmendada²⁴, que Chile ofreció de sí mismo a los eventuales candidatos a la inmigración. Entre éstos, cuyo éxito acreditará ese mito de la edad de oro de los años 1840-1870, detenida en los tiempos parlamentarios más difíciles entre 1891 y 1925, figuran en primera fila los migrantes de origen austro-alemán. Llegados tarde a América Latina, son en Chile los primeros que entran definitivamente. Exaltado, pero también desnaturalizado por el pangermanismo después de 1880, su “trabajo”, más que cualquier otro, ha marcado, moldeado, transformado, en algunos lustros de 1848 a 1895, las provincias australes del país. Desde Valdivia hasta Chiloé, por tanto más allá de la “Frontera” araucana que sólo será conquistada en 1892, el esfuerzo de estos hacedores de tierra, cuyas realizaciones materiales y culturales son excepcionalmente altas, no se puede comparar con ningún otro. “Los alemanes del sur de Chile no se cuentan, se pesan”, según se ha dicho con todo acierto²⁵. Con una *terra ignota*, selva hiperoceánica fría reconocida en tiempos de la Conquista, pero abandonada desde finales del siglo XVI, “cubierta de barriales, borrada de las memorias”²⁶, ellos hicieron una “Pequeña Alemania”, alegre campiña entre bosques y lagos, que les recuerda los países que habían abandonado por su propia voluntad. Ha de señalarse igualmente el papel desempeñado en Chile después de 1885 por otros alemanes —ya no colonos sino que “expertos”— en la modernización del ejército, la reforma de la enseñanza y la evangelización, felizmente reanudada, de los araucanos ya pacificados²⁷.

La presencia británica, por su parte, se manifiesta a partir de 1780 pero, apenas afianzada la Independencia, sería más propio hablar de tutela. Lo demuestran la ayuda militar y económica decisiva para la emancipación, la oficialidad del Ejército de los Andes, la flota de Cochrane²⁸, el empréstito colocado en Londres por el joven O’Higgins a partir de 1818 y su deseo de que los Patriotas aceptasen la candidatura de un príncipe de Hannover como soberano constitucional de un país inconcluso, sin fuerza, por estar aún en los

1855 a los inmigrantes europeos, en su *Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de l’émigration*, simplemente un Edén: “...Regiones inmensas, aún inexploradas, de una fecundidad inagotable y cuyos eternos beneficios recogerán sus futuros habitantes. Es aquí, en efecto, donde los hijos de Europa que van a Occidente se detendrán en sus peregrinaciones para establecer su hogar”. El publicista francés Wiener admira en *Chili et Chiliens*, París, 1888, p. 83, “la disciplina en el ejército, el orden en las calles, el honor financiero tanto en el exterior como en el interior”.

²⁴Sobre esta representación clásica y su revisión por la misma historiografía chilena, cf. S. Collier, *op. cit.*, p. 669-672.

²⁷Según Aquinas Ried, *Deutsche Auswanderung nach Chili*, 1847. Ver nuestros estudios, “La tradition paysanne allemande au Chili”, *Cahiers des Amériques Latines*, París, 1969, N° 4, p. 3-43; *Les Allemands au Chili*, 1816-1945, Colonia, 1974; “Le germanisme en Amérique Latine”, *Recherches germaniques*, Strasbourg, N° 12, 1982, p. 188-220.

²⁶Según el intendente Isaac Thomson, *Archivo Nacional de Chile, Ministerio del Interior*, Valdivia, vol. 328, 1854-1855, p. 175.

²⁷Sobre estos temas, ver J.-P. Blancpain, *Les Allemands...*, *op. cit.*, lib. III, p. 641-782.

²⁸Ver particularmente G. Guarda Geywitz, *La toma de Valdivia*, Santiago, 1970.

primeros años de su existencia²⁹. De 1817 a 1823, el comercio chileno-británico pasa de 40.940 a 401.828 libras y la casi totalidad de las 80 naves que el alemán Poeppig cuenta en la bahía de Valparaíso enarbolan el pabellón inglés³⁰. Medio siglo después, la guerra del salitre, así como la contra-revolución antibalmacedista, sólo se explican por la defensa del monopolio privado británico en la banca, la minería y los ferrocarriles, el comercio marítimo, y, en general, las actividades relacionadas con el comercio exterior. Si bien, a lo largo de todo el siglo, los migrantes británicos definitivos son pocos³¹, la aristocracia criolla, por su parte, recibe importantes refuerzos de esta procedencia³². En la etapa económica posterior a 1850, como anteriormente durante la instalación de las instituciones políticas, el Chile "exterior", periférico, minero o portuario, el que parece rico y que, en Valparaíso, llama poderosamente la atención del europeo que desembarca por primera vez, constituye un himno a la gloria del león británico y de su "colonia". El viajero francés de 1899 cree estar aún en Liverpool; deplora "el lugar modesto que ocupa Francia en el gran puerto", advirtiendo, en cambio, los signos de una omnipresencia británica en los tranvías hipomóviles³³, en el *Graphic* y las novelas inglesas ofrecidas por doquier, en los suplementeros que pregonan con igual fervor el *Chilean Times*, la conservadora *Unión* o el liberal *Mercurio*³⁴, en el *Club de la Unión* fundado en 1843 por una declaración redactada en inglés, y aún compuesto mayoritariamente por súbditos de "Su Muy Graciosa Majestad"³⁵.

En resumidas cuentas, Chile se asemeja, todavía por los años 85, a una colonia inglesa, a pesar de que ya "los alemanes están en todas partes"³⁶. El sello francés, empero, no salta a la vista de inmediato.

²⁹Foreign Office 72/220, Bowles to Crooker, N° 59, carta del 14 de febrero 1818.

³⁰Ver la excelente retrospectiva de R. Hernández, *Valparaíso en 1827*, Valparaíso, 1927, p. 21-56 y *passim*.

³¹"El inglés es un hombre de espíritu mercantil antes que nada. Desdeñoso del país que explota, es buen colonio sólo en casa, en Canadá, en Australia, en Estados Unidos", según Vicuña Mackenna, *Bases del Informe...*, op. cit., p. 76.

³²Cf. *infra*, N° 67.

³³Representados en la suntuosa colección fotográfica de William Letts Oliver, redescubierta por Alvaro Jara y presentada bajo el título *Chile en 1860*, Santiago, 1966.

³⁴Hoy decano de los periódicos latinoamericanos, fundado en Valparaíso en 1827.

³⁵C. de Cordemoy, *Au Chili*, París, 1899, p. 23. Sobre Valparaíso al día siguiente de la emancipación ver, además del libro de Poeppig y la compilación retrospectiva de Hernández, los testimonios de María Graham, *Journal of a Residence in Chile during the Year 1882 and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*, Londres, 1824; W. B. Stevenson (secretario de Cochrane), *A Historical and Descriptive Narrative of a 20 Years Residence in South America*, Londres, 1823; W. S. Ruschemberg, *Noticias de Chile, 1831-1832* (trad. E. Hillman), Santiago, 1956. Los mejores estudios sobre la actividad comercial alemana en el emporio del pacífico son de A. Wilckens, *Hundert Jahre deutscher Handel und deutsche Kolonie in Valparaíso 1822-1922*, Hamburgo, 1922; G. V. Waldheim, "Die ersten deutschen Konsularischen Beziehungen zu Chile, insbesondere zu Valparaíso", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 1967, Bd. 4, p. 604-628. Ver también Claudio Véliz, *Historia de la marina mercante de Chile*, Santiago, 1961.

³⁶R. Silva C., "Don Eduardo de la Barra y la pedagogía alemana", *Revista chilena de Historia y Geografía*, 1943, vol. 101, p. 214.

1. LA "IMPREGNACIÓN DE FRANCIA" DE LAS ELITES: DESDE LOS JÓVENES IDEÓLOGOS LIBERALES A LOS FRANCÓFILOS INCONDICIONALES

Los científicos europeos —entre ellos un buen número de franceses³⁷— fueron recibidos con especial complacencia por los presidentes y gobiernos chilenos después de 1830. En este aspecto, el contraste con la Argentina de Rosas es sorprendente. Más temprana y radicalmente que otras en América Latina, la *intelligentzia* chilena dio la espalda deliberadamente a España, rompiendo sin vacilación y, al menos, por un siglo, los lazos culturales y afectivos con sus hermanos peninsulares³⁸. Haciendo de la antigua metrópoli la única responsable de los males acumulados durante las luchas de la Independencia, los ideólogos nacionales renegaron de su propia memoria, aspirando sólo a nuevas motivaciones para admirar exclusivamente a mentores franceses.

Desde ya en materia de arte. El arte chileno, oficial y convencional —así fue hasta 1914—, es sólo una provincia del arte académico francés³⁹. La Academia de pintura, fundada por un italiano, Cicarelli, busca su inspiración en Francia; escrupulosamente imitadores de la imaginería de los Salones franceses, Lira, Valenzuela, Mario Antonio Caro ilustran con una loable exactitud las escenas militares o simbólicas de la Independencia, la vida de los próceres y los grandes acontecimientos nacionales. La consagración es buscada en París y todos declaran comprometida su gratitud por las lecciones de sus maestros franceses de Santiago, como Raymond Monvoisin —pintor de los industriales e industrial de la pintura— o Ernest Courtois, decorador incansable de los edificios públicos de la capital.

En sus principios, al menos, la arquitectura decimonónica lo debe todo a Claude Brunet-Desbaines, traído a Chile en 1849 y cuyo nombre se encuentra en las más hermosas mansiones de la aristocracia. Un francés, Lucien Hénault, reconstruye el Teatro Municipal de Santiago después del incendio de 1870; otro francés, Emile Doyère, vuelve a levantar este edificio ahora destruido por el terremoto de 1906, que los chilenos no olvidarán. Auguste François fue el primer director de la "sección" de escultura de la Facultad de Bellas Artes donde Arias, Plaza y Córdoba reprodujeron con aplicación e inteligencia el grandilocuente modelo europeo.

Si bien la literatura en América Latina sólo es, en el siglo XIX, una dependencia de las literaturas ibéricas⁴⁰, Chile, sin lugar a dudas, constituye la excepción. Las ideas y los libros franceses, después de 1830, son acogidos fervorosamente por los jóvenes ideólogos liberales, lectores de *l'Encyclopédie*, criollos

³⁷Pissis, Bonpland, Courcelle-Seneuil, Sazié y, sobre todo, el incansable Claude Gay, cf. *infra*, v. N° 153, 154, 155.

³⁸Cf. *infra*, N° 43.

³⁹Ver para este tema las páginas particularmente acertadas sobre América Latina en general de V.-L. Tapié, *op. cit.*, cap. IX, p. 251-260.

⁴⁰Según V.-L. Tapié, *op. cit.*, pp. 25-26.

apasionadamente igualitaristas y sensibilizados, al menos verbalmente, por los problemas sociales de su país y de su tiempo. Los encabeza el impetuoso, pero pacífico, José Victorino Lastarria, muy representativo de la generación romántica nacida entre 1815 y 1830, guía de los primeros escritores verdaderamente nacionales por sus propósitos, promotor de los modelos literarios franceses para, como lo dirá él mismo, "dotar el alma criolla con un cuerpo europeo".

Primer traductor latinoamericano de lo que él llamó "la rebelión literaria" francesa y comentador sagaz de la constitución portaliana, este abogado, nacido en 1817, es conocido antes que todo por haber fundado en 1842 la "Sociedad Literaria de Chile". Fue un devoto servidor de las Luces y de la leyenda negra anti-hispánica, emulando así al enciclopedista Raynal⁴¹. Su "Discurso Inaugural", pletórico de redundancias, es sólo una exaltada filípica contra lo que él llama el "oscurantismo colonial" y el "Reino madrileño de las Tinieblas": "Cuando la España comenzó a perder los fueros y garantías de su libertad, cuando principió a erigir el crimen el cultivo de las bellas artes y de las ciencias, que no se presentaban guarnecidas con los atavíos embarazosos del escolasticismo, y el Santo Oficio se dedicó a perseguir de muerte a los que propalaban verdades que no eran las teológicas, entonces, señores, empezó también a cimentarse en Chile el dominio del conquistador. Los Felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilización, por su brutal y absurdo despotismo; Carlos II, con su imbecilidad y acendrado fanatismo; los Fernandos y Carlos que se sucedieron, tan obstinados defensores de su poder discrecional y de la autoridad espantosa del monstruo de la Inquisición que los sostenía, al mismo tiempo que los amedrentaba; tales fueron los monarcas bajo cuyo ominoso cetro recorrió tres siglos Chile, siempre ignorante, siempre oprimido y vejado"⁴².

Nutrido por las *Lettres persanes* y *L'Esprit des Lois*, obras que cita con frecuencia, Lastarria es también el introductor en Chile de las ideas de Augusto Comte, que comentará en sus "Lecciones de filosofía positiva" dictadas en el Instituto Nacional a partir de 1840. Mas no está solo: toda una generación romántica, que aspira a desempeñar en su siglo un papel político decisivo, reconoce junto con él la autoridad de la historia y del pensamiento francés. Quinet, Michelet, Lamennais son sus guías espirituales; la *Histoire des Girondins* los embelesa y el diario que fundan se llama *El Amigo del Pueblo*.

La "Sociedad de la Igualdad", por su lado, es aun más ambiciosa por su ingenuo deseo de recuperar el tiempo y de poner a Chile a la altura de la Europa progresista rompiendo los viejos moldes y las jerarquías tradicionales para reemplazarlos por la igualdad ante la Ley, el reino de la fraternidad y la dinámica del impulso colectivo. En esto se puede apreciar el inicio de ese sentido nacional que, como lo señala François Chevalier⁴³, se desarrollaba

⁴¹Esta influencia de Raynal en los patriotas sudamericanos se encuentra recordada con toda justicia por V.-L. Tapié, *op. cit.* pp. 25-26.

⁴²J. V. Lastarria, "Discurso inaugural", en *Recuerdos literarios*, Santiago, 1968, pp. 97-98.

⁴³F. Chevalier, *L'Amérique latine de l'Indépendance à nos jours*, París, 1977, pp. 397-398.

entonces en las elites urbanas del continente, generalmente anticlericales. Pero, antes que el advenimiento de un catecismo o de símbolos nacionales que se fundarían en una auténtica expresión indigenista o popular, lo que caracteriza el movimiento chileno es la asimilación artificial y tardía del acontecer nacional con los grandes acontecimientos de la Revolución francesa. Los entusiastas fundadores de la Sociedad de la Igualdad hablan, en pleno siglo XIX, de Salvación pública, de contrato social, de violencia necesaria. Entre los más conocidos: el poeta —laborioso y de sucinta inspiración— Eusebio Lillo⁴⁴, el doctrinario socializante Santiago Arcos, Lastarria también, eclipsado por el romántico Francisco Bilbao. Estos jóvenes han viajado mucho, y conocen Francia mejor que a su país⁴⁵. Confunden el Chile de 1840 con la Francia de 1793 y, sobre todo, caen en su propio juego. Pues su empresa es un juego. Por mimetismo revolucionario y francomaniaco, juegan a los personajes de la Convención, usan sus nombres y atuendos, con hondo convencimiento recitan una y otra vez sus discursos. Incansablemente representada, la obra cuenta con el más brillante de los elencos: Arcos, nacido él mismo en Francia, es Marat; Lastarria desempeña el papel de Brissot, Ugarte es Danton, mientras que Lillo, al reescribir sin gracia el himno nacional, se toma por un Rouget de Lisle criollo.

El más conocido de todos, el primero también en ser olvidado⁴⁶, es Bilbao. Mártir de la nueva ideología —fue expulsado del Instituto Nacional y condenado por sus excesos verbales—, “no es erudito y su saber es a la vez limitado e inconsistente”, afirma Barros Arana. Soñador político, ingenuo y solemne, Bilbao iguala a Lastarria en intransigencia y fogosidad, pero lo supera en reverencia hacia los filósofos e ideólogos franceses. Admira a Rousseau, venera a Michelet⁴⁷, relee, traduce y, a cada paso, cita a Lamennais. Ofrece lecturas públicas de *L’Avenir*, conoce de memoria las *Paroles d’un croyant*, acomete impetuosamente en *La sociabilidad chilena* al magisterio social y romántico de la Iglesia marejada francesa afluente a las

⁴⁴1826-1910. Su poesía suave, íntima y melancólica, une, como en *Deseos*, el amor de la patria con el panteísmo convencional. Condenado a muerte por su participación en el levantamiento de Cruz contra Montt en 1851, fue amnistiado y encontró en la Sociedad de la Igualdad, liberal y romántica, su máximo consuelo. Desde 1885, al igual que Bilbao, está olvidado.

⁴⁵Vicuña Mackenna, en Encina-Castedo, *Resumen de la Historia de Chile*, t. II, p. 993, refiriéndose a Bilbao anota: “Creía en el pueblo y no visitaba jamás sus chozas. Predicaba en el club de la fraternidad universal y no conocía ni de nombre las calles y los barrios miserables de Santiago...”.

⁴⁶Al analizar fríamente lo que Bilbao dejó a la posteridad, escribe el crítico Armando Donoso en 1913 en su ensayo *Bilbao y su tiempo*, tendremos, con toda seguridad, una amarga desilusión: él no fue ni gran escritor ni artista incomparable”.

⁴⁷Cumplidos los 22 años en 1844, Bilbao quedará en Francia por seis años, participando en la revolución de 1848. Encuentra a Quinet y Michelet cuyos cursos sigue en el Collège de France. Detenido con Lillo en la aventura de 1851, huirá a Perú; allí, será encarcelado antes de escribir su *Gobierno de la libertad*. En *La América en peligro* —poco antes de su muerte por accidente en el río de la Plata en 1865— toma la defensa de México contra Francia, pretendiendo, para justificar su posición, “determinar las causas físicas, intelectuales y morales de la debilidad de América”. Al igual que Lastarria, y con la misma indignación, condena a España, la Iglesia y la aristocracia.

Américas⁴⁸, se afianza aun más el afrancesamiento de las nuevas generaciones cultas chilenas, en primer término porque sus maestros espirituales —Hugo y Lamartine, en particular— les parecen ser los sucesores indicados de Montesquieu y Rousseau en la ambición y el arte de regir los destinos de la República. En esta perspectiva, el entusiasmo inmediato, pero duradero, por el positivismo corresponde exactamente a lo que es para Lastarria “una marcha hacia la verdad”. Por cierto, las encendidas profesiones de fe, a menudo nebulosas, de los miembros de la Sociedad de la Igualdad —todos ellos admiradores de los socialistas utópicos y, por tanto, convencidos de la santificación del pueblo— no logran hacer triunfar su ideal. Nada pudieron en contra del orden despersonalizado, católico y conservador, instaurado por Diego Portales. No pudo Arcos⁴⁹ impedir la elección en la presidencia de Chile del autoritario Manuel Montt, y Bilbao, vencido con Lillo en el motín de Urriola en abril de 1851, se salvó gracias a su huida precipitada a Perú.

Mas, mirándolo bien, la empresa de estos hombres no fue vana: gracias a ellos, Chile siguió siendo por muchos años el intermediario privilegiado entre América Latina y Francia.

Sólo el despecho pudo llevar al inconstante José Joaquín Mora⁵⁰ a pintar a Chile como “la Beocia de América”. A partir de 1850, en efecto, todos los chilenos cultos son francohablantes y, con frecuencia, francófilos; además su aversión frente a la antigua metrópoli se había reavivado con el retorno ofensivo y lastimoso de ésta en los años 1860-1861. El “caballero” chileno exterioriza tempranamente lo que el boliviano Costa du Rels llamará más adelante su “nacionalidad espiritual”. A veces simple barniz distintivo, la lengua francesa, sin embargo, es más que un signo de reconocimiento entre gentes de buena sociedad: sirve de sustituto a las culturas clásicas olvidadas, y de nexo entre las élites del continente.

¡Cuántos ejemplos, en verdad! Si bien Andrés Bello es el traductor entusiasta del Víctor Hugo de la primera época, es directamente en francés como el historiador Vicuña Mackenna libera sus emociones ante la majestad de las selvas australes de su país. Sin agotar el tema, ensalza a su patria: *Le Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de l'immigration européenne*⁵¹. Con el

⁴⁸Cf. los testimonios citados por V.-L. Tapié, *op. cit.*, p. 263. También V. Bouilly, *Le romantisme argentin et ses sources françaises*, DU, Paris IV, 1971.

⁴⁹Ver J.-C. Jobet, *Santiago Arcos*, Santiago, 1942.

⁵⁰Filósofo, jurista, pedagogo, poeta y erudito español (1783-1864), llega a Chile desde Buenos Aires en 1827. Traductor de Fénelon y de Chateaubriand (*De Buonaparte et des Bourbons*), estima que el español hablado en Chile está “envilecido por una vulgaridad grosera, corrompido por vocablos extranjeros que deterioran sus principios vitales y pervierten los fundamentos mismos de su vigor”. Es conocido sobre todo por sus *Leyendas españolas* publicadas en 1840; sus panfletos y sus poéticas invectivas en contra de Portales lo hicieron célebre en Chile.

⁵¹Editado en París por Bouchard-Huzard, en 1855, el libro es, sin embargo, muy duro para los franceses considerados como “los peores emigrantes”, incapaces de establecerse definitivamente en ultramar, cf. J.-P. Blancpain, “Intelligentsia nationale et immigration européenne...”, *op. cit.*, pp. 575-579.

mismo objetivo —atraer colonos y artesanos europeos a Chile—, el ingenioso y encantador costumbrista Vicente Pérez Rosales (para quien el francés fue durante largo tiempo más familiar que el castellano) presenta en su *Essai sur le Chili*⁵², tan pacientemente pulido, la leyenda rosada de un país atractivo y lleno de promesas, etapa final de las intrépidas y resueltas vocaciones.

La prensa, por su lado, deja a lo largo del siglo un copioso testimonio de estas afinidades y atracciones. Desde 1850 hasta 1914, el *Mercurio* trae en sus folios a todos los autores populares franceses. Entre los más apreciados: Dumas, Eugène Sue, George Sand, Jules Verne, Paul Féval, Scribe, Zola, Maupassant. Su crítico más célebre, el “decidor de la verdad” Omer Emeth, es desde 1906 a 1935 un francés, Emile Vaisse. Oriundo de Castres, llegó a Chile en 1886, a los 26 años, en calidad de misionero católico. Es un lingüista y un erudito⁵³, pero versado en todos los géneros, y en primer término en la crítica certera —mas siempre ponderada y respetuosa— de la literatura nacional que él admira. Sus 2.650 artículos, crónicas y reseñas, reunidos en 1940 bajo el título de *Estudios críticos de literatura chilena* siguen siendo para la crítica oficial “el tesoro de la crítica chilena moderna, conceptual y sistematizada”.

Si se desea un mayor acopio de pruebas de esta predilección del público chileno por el libro francés, no hay más que examinar las estadísticas de la Biblioteca Nacional de Santiago, que los emisarios pangermanistas de 1914-1918 tildaron de “pavorosas”; en efecto, las obras francesas consultadas constituyeron entonces casi la mitad de los textos extranjeros prestados: 43% en 1912, 42% en 1913, 36% todavía en 1914, o sea 28.910 de 73.348 volúmenes, en circunstancias que los libros nacionales alcanzaban apenas los 50.000 ejemplares⁵⁴.

Cuando estalla la Guerra Mundial, muchos chilenos ven aún Europa y el mundo en francés. Si bien el “clan germanófilo” de los sucesores de la instrucción alemana constituyen un grupo de presión influyente que contribuye al mantenimiento de la neutralidad del país, los francófilos incondicionales siguen siendo mayoritarios en la aristocracia y la *intelligentzia*. Para los partidarios “del Derecho, de la Civilización y de la Verdad”, en 1914, las virtudes y los valores sólo pueden ser franceses; acusan a Alemania de atenerse “a la filosofía del hombre de las cavernas⁵⁵” y a una política fundada en la fuerza, sin ideal ni grandeza. Claman sus convicciones con tanto más energía cuanto que su país

⁵²Escrito y publicado en Hamburgo donde el autor, pionero de la colonización del sur chileno, acababa de ser nombrado “agente de colonización de Chile en Europa”. Sobre sus propósitos y su acción en favor de los inmigrantes alemanes, cf. J.P. Blancpain, *Les Allemands au Chili, op. cit.*, pp. 166-169, 239-241, 264-267, 1065-1087.

⁵³Muy ecléctico, es, además, autor de un diccionario latino-hebreo, de un glosario de la lengua de los indios atacameños, de estudios acerca de Lacunza, Andrés Bello y el novelista Mariano Latorre, además de un curioso *Catéchisme antialcoolique*, “adaptado al pueblo chileno”.

⁵⁴Cf. *Revista de bibliografía chilena*, sept. 1915; “Ein Erschreckende Statistik der chilenischen Nationalbibliothek”, *Mitteilungen des Deutsch-sudamerikanischen Instituts*, Jg. 4, Nov. 1916, p. 203.

⁵⁵C. Silva Vildósola, *Chile y la Guerra europea*, Santiago, 1919, p. 28.

—de opiniones divididas, después de todo— ha llegado a ser sospechoso para los aliados.

El francés expresa Alberto Mackenna Subercaseaux su fe en “El triunfo del Derecho”, vibrante homenaje a Bélgica y Francia⁵⁶, en la hora decisiva; desde París, Carlos Silva Vildósola ofrece a los lectores de *El Mercurio* “La guerra mundial vista por un chileno”; usando exclusivamente argumentos franceses, Alejandro Vicuña explica “los orígenes de la guerra” por el orgullo y deseo de poder de los Imperios centrales.

Pero estos defensores enfáticos de una guerra justa hecha por otros sólo exaltan una Francia conforme a su propio ideal, tradicionalista y a la defensiva, católica y conservadora, adicta a Barrès y apegada a su pasado⁵⁷. En cambio, ni una sola palabra para la Francia de los derechos del hombre, revolucionaria e imperialista, terror de los reyes, de los nobles y de los sacerdotes, ni para la Francia laica y antimilitarista que acaba de vivir el *Affaire Dreyfus* y la dramática separación de la Iglesia y del Estado. Aquella toma de posición, justificada por una “deuda intelectual” (expresión usada con frecuencia), proviene, en primer término, de aristócratas, y de aristócratas por lo general “trasplantados”. Sus manifestaciones francófilas no son fruto de una convicción democrática, sino un impulso del corazón y una manifestación de gratitud para con “su” mundo que desaparece: el de los placeres, de la despreocupación y del ocio, asunto que merece un mayor desarrollo.

2. SIBARITAS Y TRASPLANTADOS

La impregnación francesa de Chile en el siglo XIX se resume, antes que todo, en los viajes, los placeres y los juegos, por tanto, en la “vida parisina” de su aristocracia. Gente o clase alta, estas pocas centenas de familias se distinguen de sus compatriotas por el origen y la pureza de la estirpe, la fortuna sobre todo (pues este patriciado es internacional), una solidaridad básica y un peculiar arte de vivir⁵⁸. No debe confundirse este grupo, a pesar de inevitables traslajos, con la ambiciosa y ascendente hueste de los “intelectuales”, aún poco numerosa —unos 35.000 en 1890, según Valentín Letelier⁵⁹—, pero que se cree con el derecho de regir los asuntos del país por ser la única en defender sus supuestos intereses.

⁵⁶Los títulos de las conferencias y artículos de Alberto Mackenna son explícitos: *Ce que nous devons à la France*, octubre 1915; *L'exemple belge*, julio 1915; *La France catholique*, julio 1916; *Le triomphe de l'intelligence*, marzo 1915; *Le roi Albert*, abril 1915, etc.

⁵⁷Contra los litigantes neutralistas o abiertamente germanófilos, como R. Cox Méndez, *A través de la Europa en guerra*, Santiago, 1916; J. Vial Solar, *Conversaciones sobre la guerra*, 1917; R. Huneeus Gana, *Por amor a Chile y por gratitud a la Alemania*, 1917. Sobre la neutralidad chilena y esos contrastados enfoques del conflicto, vease nuestro estudio, *Les Allemands au Chili*, op. cit., III, cap. IV, pp. 831-861.

⁵⁸¿Elite verdadera? ¿Oligarquía? ¿Clase alta o aristocracia? El último término parece ser el más adecuado según S. Collier, en razón, precisamente, de la clara conciencia de grupo y de un comportamiento ligado a intereses comunes, con exclusión de toda retórica política.

⁵⁹V. Letelier, *Filosofía de la educación*, Santiago, 1912, Cap. III, p. 138.

A pesar de los esfuerzos de los genealogistas por descubrir brillantes linajes susceptibles de magnificar *a posteriori* la Conquista, pocos son los aristócratas cuyos títulos se remontan hasta muy atrás —una media docena según Amunátegui⁶⁰—, siendo minoritarios, por lo demás, los caballeros e hidalgos en las huestes de Almagro y Valdivia⁶¹.

De ascendencia navarro —o castellano-vasca⁶²—, la nueva aristocracia es mucho más reciente. Su llegada está ligada a la Ilustración del siglo XVIII, habiéndose sobrepuesto su competencia y modales a las rudas costumbres de una sociedad moldeada por la violencia de la interminable guerra de Arauco⁶³. De ahí que, con el enriquecimiento progresivo —la colonia a fines del siglo XVII se transforma en “reino”—, vayan apareciendo la obsesión criolla por la honorabilidad, la afición a los títulos y la manía nobiliaria, “incurable enfermedad psicológica⁶⁴” sobradamente difundida por haber sido inevitable y permanente el mestizaje con la “barbarie araucana”.

La abolición, ya desde 1817, por el joven O’Higgins⁶⁵, de los títulos y mayorazgos no impide que la gente del siglo XIX reconozca a los suyos. Esta aristocracia se fortifica extendiéndose: integró al núcleo francés admitido desde 1750⁶⁶ y, después de 1830, a grandes negociantes, hombres de empresa y sa’treros británicos que engrosaron el patriciado de ascendencia ibérica⁶⁷. Algunos apellidos de otro origen —Domeyko, Philippi, Anwandter⁶⁸— bien

⁶⁰D. Amunátegui S., *La sociedad chilena*, Santiago, 1901-1904, p. 15.

⁶¹De los 150 primeros españoles en Chile, 39 solamente eran caballeros o hidalgos según T. Thayer Ojeda, *Valdivia y sus compañeros*, Santiago, 1950; de una lista de 88 nombres, 3 hidalgos y 8 escuderos, según Mario Góngora, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme*, Santiago, 1962; nobles e hidalgueros eran sólo un 26% entre los conquistadores de Chile según Villalobos, Silva y Pinto, *La sociedad de la Conquista*. Sobre este verdadero “perfil” de los conquistadores, ver S. Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, 1981, t. I, pp. 122-133, 142-144.

⁶²Aldunate, Echeñique, Errázuriz, Eyzaguirre, Larraín, Vial, Vicuña, Urmeneta, Yrarrázaval, etc.

⁶³Según Villalobos, *op. cit.*, p. 143, más del 63% de los conquistadores eran analfabetos, conformando los cronistas la mayoría de los lectoscriptores. Sobre el comienzo de las guerras de Arauco, ver el excelente ensayo de A. Jara, *Guerre et société au Chili, essai de sociologie coloniale*, París, 1911.

⁶⁴P. Chaunu, *L’Amérique...*, *op. cit.*, p. 198.

⁶⁵Hijo natural de Ambrosio O’Higgins, gobernador de Chile, posteriormente virrey del Perú, y de la chilena Isabel Riquelme, originaria de Chillán. Los aristócratas enemigos del *Libertador* lo designan sólo como “el huacho Riquelme”.

⁶⁶Mayoritariamente oriundo de Saint-Malo (Bretaña), este grupo se arraigó en provincia: los Jofré, Morandé, Picarte, Pinochet, Pradel en Concepción, Letelier en Talca, Subercaseaux en Copiapó, cf. Vicuña Mackenna, *Los orígenes de las familias chilenas*, Santiago, 1903, cap. III, pp. 1-26.

⁶⁷Edwards, Cox, Ross, McClure, McIver, Bunster, Lyon, Meiggs, Walker, Waddington entre los más conocidos. Sobre los ingleses en Valparaíso en el siglo XIX, cf. “Quién Sabe” (Charles F. Hillman), *Old Timers British and Americans in Chile*, 1898; Vicuña Mackenna, *Valparaíso y los ingleses*, 1910.

⁶⁸Sobre estas familias, ver nuestro trabajo *Les Allemands au Chili*, *op. cit.*, pp. 79-97, 138-142, 159-163, 620-622 y *passim*.

muestran la preocupación de la joven República de los años 1850 por asegurarse de la cooperación de inteligencias europeas.

¿Aristocracia o alta burguesía? ¿Es aún feudal Chile desde 1830 a 1890, o bien es ya capitalista? Ambas cosas a la vez, sin lugar a dudas, asomándose el capitalismo tras el feudalismo⁶⁹. Pero no caigamos, junto con Simón Collier⁷⁰, en la tiranía terminológica, ni en una transposición inconsulta de los esquemas, a la vez cómodos y rígidos, de los habituales análisis marxistas. Si, en la clase política —reducida en Chile antes de 1920—, las divisiones aparecen a la luz del día en 1891, no existen dentro del grupo dirigente reales divergencias de intereses. La fuerza de la aristocracia reside en cierto cosmopolitismo, en su capacidad para absorber fortunas extranjeras⁷¹. La tierra, la mina y el comercio constituyen entonces “los tres pilares, igualmente estables, del banquete chileno”, como dijo Claudio Véliz. La diferencia social y psicológica —un abismo, en verdad, que se ahonda a lo largo del siglo— opone a ese Chile dorado⁷² con aquel otro, proletario, anónimo⁷³ y supernumerario de las haciendas, de los bajos fondos urbanos y de los conventillos⁷⁴, cuyas filas son engrosadas por los excluidos que vagan desde el norte hasta el sur de las Américas⁷⁵.

Hasta entonces abierta a la asociación empresarial y matrimonial con las burguesías extranjeras, esta aristocracia, cuya edad de oro es situada por A.J. Bauer entre 1860 y 1875⁷⁶, parece cerrarse al final del siglo, tornarse exclusiva⁷⁷.

⁶⁹Según el análisis muy conocido de Alberto Edwards, *La fronda aristocrática*, Santiago, 1928, pp. 16-17. Para Carlos Feller, *La eterna crisis chilena*, 1920, pp. 30-32, el predominio de la aristocracia colonial cede el paso, a mediados del siglo, a los millonarios del “capitalismo anglosajón”.

⁷⁰*Op. cit.*, p. 678, N° 88.

⁷¹Ver la lista, publicada por *El Mercurio* el 26 de abril de 1882, de las 59 familias chilenas más ricas, sin referencia a las fuentes de esta encuesta; 35 fortunas provienen de las minas, del comercio y de la banca, las restantes —más modestas— son las de los hacendados de Chile central o de viudas de la aristocracia.

⁷²“Chusma dorada”, dirá en 1920 el tribuno Arturo Alessandri, paladín de la reivindicación de las clases medias en efervescencia por temor a los movimientos revolucionarios.

⁷³“Los que no tiene apellido”, dice G. Amunátequi Solar, *Historia social de Chile*, Santiago, 1932, p. 7. En los censos decenales del siglo XIX, “gentes sin residencia ni destino fijo”.

⁷⁴Conjunto de construcciones de un piso a lo largo de un patio estrecho, refugios del vicio, del crimen y del cólera, según Cordemoy, *op. cit.*, p. 103, y Wiener, *op. cit.*, p. 26. Según el *Anuario estadístico de 1909*, existen entonces en Santiago, que cuenta con 300.000 almas, alrededor de 1.250 conventillos. Otro viajero francés, Mizgier, afirma en *Le Chili en 1919*, Lyon, 1920, p. 168: “En ningún país del mundo he visto una miseria más repugnante que la de Chile, más que todo en las ciudades”. Sobre la mortalidad, ver *infra*, N° 84.

⁷⁵“Rotos” expatriados, víctimas del sistema de peonaje que no puede absorber sino una parte de la fuerza de trabajo de los campos. La última escapatoria después de los conventillos urbanos y los bosques inaccesibles, es el extranjero. Fiebre del oro californiano en 1848, ferrocarriles de Perú en 1868-1872, construcciones en Panamá, minas en Patagonia: el proletariado chileno, terror de la aristocracia nacional, es entonces conocido en todas las Américas. Véase la importancia de la diáspora chilota hacia Argentina, en Jean Borde y Rómulo Santana, *Le Chili*, Bordeaux, CNRS, 1980, pp. 178-180; L.A. Loyola, *Chilenos en Río Turbio*, Santiago, 1969.

⁷⁶Cf. *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge, 1975, p. 197, según el análisis de Sergio Sepúlveda, *El trigo chileno en el mercado mundial*, Santiago, 1956.

⁷⁷“Uno ya no se casa con ellos y es más fácil llegar a ser presidente de la República que entrar

Vuelta hacia el exterior, transnacional por las relaciones, los viajes y los negocios, no desea nuevos miembros. Revoltosa antes de 1891⁷⁸, luego vencedora de un presidente nacionalista y asaz autoritario, confía posteriormente a otros la tarea de gobernar al país en su nombre y por su cuenta. Hasta el amanecer de los años 20, su vida cotidiana no experimentará cambio alguno...

2.1. La "escenografía aristocrática"

La aristocracia quiere ser afrancesada, primero por una forma de vivir suntuosa y ostentosa, y luego, por la competición de opulencia que se realiza en sus filas. Las residencias, el mobiliario, los carruajes, la vestimenta, la moda, las recepciones, el servicio y la mesa, signos exteriores de un lujo que, en un país pobre, sólo puede ser, por necesidad o esnobismo, importado.

Los bienes de consumo pesan mucho en la balanza comercial del país. Fustigando esta propensión por lo suntuario y superfluo, Francisco Encina, quien gusta de dar lecciones⁷⁹, señala que ese país vitivinícola, pese a que no logra exportar sus excelentes vinos⁸⁰, interna en 1890 por cerca de 167.000 libras esterlinas champaña y licores franceses, dedicando más de 200.000 a la compra de perfumes, sedas, instrumentos de música y artículos suntuarios de la misma procedencia, considerados por sus adquirentes como "indispensables a las mil necesidades de la vida cotidiana"⁸¹.

Eduardo Balmaceda ha descrito los encantos, para algunos, de "ese mundo que se fue"⁸², y Gonzalo Vial, no ha mucho, revivió con brillantes toques "la escenografía aristocrática"⁸³ de una Belle Epoque chilena, despreocupada y frívola. Si apartamos la vista de estas fulgentes imágenes, nos encontramos con un Chile mayoritario y sin voz cuya miseria, aún en 1920, era la peor de la Américas⁸⁴. Alcoholismo, ignorancia, usura, juego y prostitución, disolución

ahora en ese círculo", anota un perspicaz y feroz observador alemán, Otto Burger, *Acht Lehr und Wanderjahre in Chile*, Leipzig, 1909, p. 185.

⁷⁸Según Alberto Edwards, para quien toda aristocracia es, por naturaleza, rebelde al poder fuerte que la refrena, aun cuando la favorece. Derrumbado este poder, la aristocracia se transforma en oligarquía.

⁷⁹Y, por esta razón, buen observador de su tiempo y de los males que afectan a su país. Sobre sus representaciones intuitivas, la "lógica" de sus reconstrucciones y el racismo ingenuo de sus explicaciones "genéticas", ver S. Villalobos, *Historia del pueblo...*, op. cit., pp. 36-42. Encina historiador ha sido estudiado por Charles C. Griffith, "Francisco Encina and Revisionism in Chilean History", *Hispanic American Historical Review*, vol. 36, 1957; Guillermo Feliú Cruz, *Francisco A. Encina, historiador*, 1968; Ricardo Donoso, *Francisco A. Encina, simulador*, 1969.

⁸⁰Cf. *infra*, ver notas 168, 169.

⁸¹F.A. Encina, *Nuestra inferioridad económica. Sus causas, sus consecuencias*, Santiago, 1912, cap. x, p. 163.

⁸²En *Un mundo que se fue*, Santiago, 1969.

⁸³G. Vial Correa, "La Sociedad Chilena en el cambio de siglo 1891-1920", *Historia de Chile 1891-1973*, Santiago, 1981, vol. II, t. II, p. 649-651.

⁸⁴La tasa de mortalidad de Chile pasa de 28,6‰ en 1865 a 33‰ en 1908, manteniéndose en 32,7‰ en 1921. La sobremortalidad infantil pasa del 38% en 1917 contra 11,4% en Londres, 12,3% en Río, 10,5% en Buenos Aires. (Nota del Traductor).



Fig. 1. Carta del banquete presidencial ofrecido el 18 de septiembre de 1890.

familiar y moral: la agravación de estos males tradicionales puede provocar el quiebre de la sociedad chilena y arruinar el consenso nacional en un país que, detrás de su fachada europea, lleva las estigmas de la miseria y de la muerte⁸⁵.

El Chile afrancesado, fascinado por cierta Francia, es, sin duda, superficial e insubstancial, sin relación alguna con la consistencia real del país; no por eso el espectáculo dado por la aristocracia ha dejado de influir en las formas de vivir y de pensar de los pequeños burgueses —los “mediopelos”— e incluso de las clases populares⁸⁶.

Por suscitar la aparición de una clientela de parásitos, el tren de vida aristocrática requiere primero una servidumbre numerosa y especializada, “importada” por lo general, bajo las órdenes, en las buenas familias, de una “mamita” bonachona pero revestida de autoridad. Julio Subercaseaux cuenta⁸⁷ que, al volver de Europa en 1906, encontró su casa dotada de una institutriz y de un mayordomo británicos, pero también de una mucama, dos sirvientas y una cocinera, las cuatro contratadas en París. Cocheros, palafreneros, cocineros y pinches, mozos y damas de compañía, desde hace un medio siglo, provienen de Francia; lo demuestra aquel opúsculo publicitario de 1856, firmado por Pérez Rosales⁸⁸, quien se dirige “a las niñeras, lavanderas, empleadas domésticas que serán bien recibidas” y afirma que “los cocheros de las grandes familias de Santiago tendrán alojamiento y alimentación”, precisándoseles que “la librea les será proporcionada”.

En residencias, “palacios” y “casas grandes⁸⁹”, a menudo obra de arquitectos franceses —Hénault, Guérineau, Brunet-Desbaines—, se desenvuelve la vida aristocrática. Grandes casas para familias grandes por el número de servidores, proveedores y clientes de todo tipo, también por la pretensión. José Ignacio Larraín y Francisco Subercaseaux viven en el Santiago de los “palacios” de estilo Luis XV con balcones y balaustres, vitrales, rejas de hierro forjado, escaleras de mármol. La arquitectura chilena de fines de siglo es una copia servil y sorprendente de todas las modas: grecorromana, española o colonial, para llegar a las “contorsiones epilépticas⁹⁰” del “art nouveau”. El palacio de Díaz (o Concha) es de estilo ¡turco-siamés! Muchas de estas residencias, como la de los Meiggs, los Errázuriz, están rodeadas de jardines —ingleses o franceses— y éstos, a su vez, son hermoseados por grutas, cascadas y espejos de agua que franquean puentes japoneses e inútiles.

⁸⁵Sobre la gravedad de la cuestión social en Chile, ver G. Vial, *op. cit.*, pp. 495-531.

⁸⁶El excelente ensayo de P. Hunneus, *Nuestra mentalidad económica*, Santiago, 1981, vuelve a tomar, actualizándolos, algunos de los análisis y diagnósticos ya formulados por Encina y Valdés Canje.

⁸⁷En *Reminiscencias*, Santiago, 1976, cap. III, pp. 200-210.

⁸⁸El intitulado *Prospectus sur l'émigration dans la République du Chili et ses colonies*, Hamburgo, 1856.

⁸⁹Título de la novela de Luis Orrego Luco, *Casa Grande*, de 1908. Discípulo de Blest Gana, Orrego (1866-1948) es un admirador de Zola y de Bourget. Sus novelas —*Un idilio nuevo* (1900), *Casa grande*, *En familia* (1912), *A través de la tempestad* (1914)—, dándoseles de documentos históricos, pretenden ofrecer una visión clínica de la sociedad chilena de la época.

⁹⁰G. Vial C., *op. cit.*, p. 645.

Se observa análogo esmero de ostentación cosmopolita en los interiores. Luis Orrego da de ellos una descripción meticulosa⁹¹, desde los patios de palmeras, bambúes y cactáceas hasta los dormitorios tapizados con seda, las alfombras persas, las cómodas enlacadas, las vitrinas de palo de rosa con figuras de marfil, porcelanas de Sajonia y antiguo Sèvres.

En el campo, en sus haciendas o en los fundos vitícolas —Santa Rita, Conchalí, Macul—, los Larraín, Yrarrázaval, Valdés, Errázuriz o Vicuña poseen los más curiosos castillos, donde también se mezclan los estilos y las épocas, lo que no deja de sorprender al viajero europeo. Las quintas de las viudas de la aristocracia⁹² aportan el testimonio de igual afición a un eclecticismo insensible a lo anacrónico; así también los parques privados, obra de paisajistas, por lo general ingleses o franceses. Complementado, hacia 1900, por la introducción del automóvil, “deporte sibarita y frívolo por excelencia”, dice el polemista Senén Palacios, el lujo aristocrático no podía desdeñar los placeres de la mesa —una mesa exclusivamente francesa.

Algunas recepciones de príncipes europeos y sus comitivas sorprendieron por su esplendor a los contemporáneos. En sus *Crónicas* (1910), Edwards Bello cuenta que “los ricos beben champaña y whisky en los trenes y estaciones como en sus clubes. En Llay-Llay, Los Andes o Rancagua, el expreso se detiene durante media hora y cada uno puede beberse sin ceremonia un Moët et Chandon o un Veuve Clicquot”. Públicas o privadas, las recepciones llaman la atención por la abundancia, variedad y excelencia de los manjares y vinos ofrecidos. En el campo, veraneantes, *wikeneros* y aristócratas “acampados” matizan, con rodeos, cuecas y fuegos artificiales, las celebraciones que duran dos o tres días, motivadas por una reunión familiar o el paso de un extranjero ilustre cuya visita honra a su anfitrión⁹³.

2.2. Del viaje al trasplante

Los grandes viajes constituyen para la aristocracia un rito y una necesidad. Su costo da una idea de la opulencia de los viajeros. Francisco Encina calcula en un mínimo de 20.000 libras los gastos anuales de los Ossa, Subercaseaux, Cousiño, Undurraga, Bunster y Aldunate en sus viajes a Londres y a París. Cuando estas familias parten a Europa, lo hacen en grande, y por bastante tiempo, diez o veinte años quizás como los Aldunate y los Subercaseaux en 1882, o los Undurraga en 1907. Tras ellos, un ejército de servidores, además el

⁹¹Cf. *Casa Grande*, pp. 26-27, 109, 130, 163, etc.

⁹²Mujeres de negocios que saben administrar sus fundos y hacer reeditar su fortuna mediante una hábil política de préstamos. En 1903, según la *Geografía descriptiva* de Espinoza, se cuenta sólo en la región de Pirque y de Paine, próxima de la capital, una docena de fundos cuyo valor sobrepasa los 500.000 o hasta el millón de pesos, y que son propiedad de viudas: Juana Ross de Edwards, Teresa García Huidobro, Magdalena Vicuña Subercaseaux, Emiliana Subercaseaux de Concha, etc.

⁹³Así ocurrió con el duque de Orléans y el infante Don Fernando María de Baviera y Borbón, cuñado de Alfonso XII. Su estada en Chile se distinguió por una ininterrumpida sucesión de banquetes.

aprovisionamiento, particularmente en carne —vacuno y aves—, pues sería inconcebible conformarse con el menú a bordo de una nave británica⁹⁴.

Situado en un extremo de las tierras habitables, Chile es sin duda, entre todos los países del continente, el que, por el afán de novedad de su aristocracia, se encuentra mejor informado de la vida parisiense y más deseoso de participar en ella. Con este propósito mantiene “embajadores” permanentes y voluntarios, distinguidos ociosos, que se arruinan a veces, para convertirse en parásitos; son éstos los “trasplantados” y “rastacueros”, fustigados en 1904 por Alberto Blest Gana quien, por haberlos frecuentado latamente, los conocía mejor que nadie. Él mismo, en su primera estada a los 17 años, permanece cinco años en Versalles, donde es testigo de la caída de Luis-Felipe 1° y de la efímera Segunda República. Lee *Le Rouge et le Noir*, encuentra en diversas oportunidades a Balzac a quien admira e imitará⁹⁵, soñando con una versión chilena de la *Comédie humaine*. En 1862 aparece Martín Rivas, historia de un joven provinciano llegado a Santiago, idealista y miembro activo de la Sociedad de la Igualdad. El libro —y éste no es su menor mérito— presenta una completa tipología de la sociedad chilena de los años 1840, ya penetrada por enajenantes influencias extranjeras⁹⁶. A los treinta y siete años es embajador en Londres. Dos años después, lo es en París, de 1869 a 1887; relevado de sus funciones por Balmaceda, ya no abandonará la capital francesa, ocupando hasta su muerte, en 1920, una “suite” en el hotel Majestic. Toda su obra⁹⁷ es una mirada retrospectiva hacia su propia juventud, marcada por impulsos románticos en los que el criollismo es acometido a cada instante por los atractivos y la intoxicación de Europa.

La opulencia de la clase alta, las numerosas líneas de vapores que unen América del Sur con Europa⁹⁸ y, finalmente, los lazos que con sus países de origen conservaron los inmigrantes de los años 80, favorecen al final del siglo

⁹⁴“Pésima Será Nuestra Comida”, se decía a propósito de la *Pacific Steam Navigation Company*, la más antigua de las líneas de navegación que unían Chile a Europa.

⁹⁵Primero, en sus dos primeras novelas, *Los desposados* y *Engaños y desengaños*, donde recuerda su primera estada en París con la “rue du Bac”, el “Quartier latin” y el “Palais-Royal” como telones de fondo. Se dice que, después de leer a Balzac, había jurado ser novelista y no renunciar a la literatura sino sólo cuando sus propias fuerzas lo abandonaran.

⁹⁶Don Dámaso Encina representa allí al arribista empedernido; Rafael San Luis es un segundo Bilbao, generoso y con la cabeza llena de proyectos irrealizables; Simón Arenal y Fidel Elías representan el parasitismo y el aburrimiento, Agustín es el chileno sentencioso, pontificante, intoxicado por una francomanía ridícula. Enamorada de Martín Rivas, Leonor es la mujer chilena de la buena sociedad tradicional, simple, austera, abnegada, ajena todavía a las nocivas influencias europeas.

⁹⁷*Durante la Reconquista*, novela aparecida en 1897, recrea la sociedad rudimentaria pero pintoresca de los agitados tiempos de la Independencia; *Los trasplantados*, escrita en 1904, inicia una amarga reflexión sobre el peligro de los prolongados contactos con la vida europea, exaltando en cambio, los desaparecidos valores criollos. Finalmente, *El loco Estero*, de 1909, ampliamente autobiográfico, nos lleva nuevamente al siglo XIX, durante los “decenios” de Bulnes y de Prieto.

⁹⁸Después de 1871, líneas alemanas, Hapag y, luego, Kosmos y Roland, vienen a competir con la británica PSNC.

“la invitación al viaje”. Pero, como observa Encina, ese incremento de los llamados de Europa tiene por contrapartida la superficialidad de los contactos y, luego, la inutilidad de los viajes. El encuentro en París de otros trasplantados sudamericanos confiere a esa sociedad un alma muy particular que el inflexible autor de la *Historia de Chile* pinta sin contemplaciones:

“El placer como objeto y fin de vida; el refinamiento, la elegancia, la alta procedencia social y la fortuna, como únicos valores; el traje, el cultivo de las relaciones sociales, el teatro y otras reuniones con pretextos religiosos o mundanos, como empleo del tiempo; el desprecio por los deberes de ciudadano, el descastamiento y la repugnancia por los esfuerzos y sacrificios que imponen los grandes objetivos de la vida...”⁹⁹.

Los chilenos no son en París, por cierto, los únicos en vivir así, como diletantes y ociosos —a veces también como delinquentes¹⁰⁰—. “¡Sólo son peruanos!” decía con desprecio en 1875 en el Bois de Boulogne ante suntuosos carruajes¹⁰¹; y la vulgaridad pretenciosa del *rasta* argentino fue fácilmente considerada por los franceses como un rasgo de la argentinidad tradicional —lo que, por cierto, es un error mayúsculo¹⁰². En verdad, chilenos, argentinos y peruanos trasplantados terminan pareciéndose¹⁰³: igual desdén por las actividades productivas, semejante propensión al ocio, a los placeres y preocupaciones fútiles, idéntica diligencia para frecuentar, antes de 1914 y después de 1918, las salas de juego, los hipódromos, los restaurantes y cabarets de moda, los clubes de deportes elegantes y costosos: golf, polo, yates, hockey...

Expatriado voluntario, el aristócrata se transforma en un apátrida cultural. Olvidando su país, espacia los contactos con él, posterga su regreso, descuida incluso la compañía de sus propios compatriotas. En ese París de las artes, del dinero y del ocio, los chilenos, numerosos¹⁰⁴, ocupan un lugar “honorable” con Arturo López, escultor, anticuario y especulador; con Federico Santa María, rey del azúcar y de la Bolsa; Eugenia Huici, la “Belle Chilienne”, amiga de Rodin, de Stravinsky y de Picasso, principiante a la sazón. ¡Quién no conoce, en fin, al “marqués” de Cuevas (el “Dueñitas” de *Los criollos en París* de Joaquín

⁹⁹F.A. Encina, *op. cit.*, cap. IX, p. 201.

¹⁰⁰En *Chile en Europa* —escrito en 1912 con el mismo humor de las *Lettres persanes* de Montesquieu— se burla de la ignorancia de los europeos respecto a la ubicación de su país. Alberto Mackenna fustiga igualmente la conducta de sus compatriotas de quienes dice, en p. 49, que “se dan el trabajo de dar de conocer a su país en Europa sólo en las comisarías de policía”.

¹⁰¹Relatado por el periodista alemán Hugo Zollner, *Pampas und Anden*, Berlín, 1884, p. 6.

¹⁰²Como lo recuerda con elegancia V.-L. Tapié, *op. cit.*, p. 174, los modales vulgares y ostentosos de los “rastacueros” son propios de los advenedizos desarraigados, hijos de inmigrantes vueltos a Europa, y en absoluto constituyen un rasgo del carácter argentino “de delicadas tradiciones”.

¹⁰³Según Juan José Sebreli, *Buenos Aires. Vida cotidiana y alienación*, B. Aires, 1966, pp. 44-45; P. Huneeus G., *Nuestra mentalidad...*, *op. cit.*, pp. 39-41.

¹⁰⁴A tal punto que un gran hotel de París no podía acogerlos a todos para festejar la caída del “tirano” Balmaceda en 1891, cf. F.B. Pike, *Chile and the United States...* *op. cit.*, p. 34.

Edwards Bello), entonces enamorado de Margaret Strong, sobrina de Rockefeller, y enigmático cómplice de Youssoupov!¹⁰⁵.

2.3. *Vivir en Santiago y a la francesa*

De vuelta a Chile —a veces, no hay otra solución—, el trasplantado visto por Edwards Bello, Orrego Luco, Blest Gana o Julio Subercaseaux, sólo tiene un dilema: irse. ¡Qué es lo que ve en su país, sino paredes de adobe, calles intransitables, “salones” de bambú, una miseria que lo impacta cada vez que se aleja de las “casas grandes”? Miseria que le parece tanto más sórdida cuanto que él no ha conocido la del Viejo Mundo, pues no la vio entre Montparnasse, la rue de la Paix, el Maxim’s y los salones de té del Bois de Boulogne. Chilenos, por tanto republicanos, que no ha mucho se mofaron de la grandeza ibérica, estos viajeros han recuperado cierta memoria colonial: la de la pretensión nobiliaria. La Santa Sede les concederá títulos que jamás han usado o de los que se valen al casarse con europeas¹⁰⁶. Gonzalo Vial ha retratado a estos marqueses del hazmerreír provistos de pergaminos falsificados para tener acceso a la nobleza europea.

En Santiago, el repatriado involuntario se esfuerza por vivir “a la francesa”. Encuentra asistencia en la completa gama de intermediarios que se encargan de satisfacer localmente las necesidades, gustos y extravagancias de una clientela conquistada de antemano¹⁰⁷. El paseo en la Alameda de las Delicias, la frecuentación de las “dames du Mapocho”, y las comidas en un “cabinet particulier” de los restaurantes de Papa Gage o Monsieur Ginestier, ayudan a soportar Santiago. Finalmente, dirigidas por Monsieur Olmy, administrador de un palacio de los “gourmets” y de los juegos, las bellezas locales y profesionales aportan “cachet” y “ton”, de ahí su nombre de *cachetonas*¹⁰⁸.

En esa línea, cierta población femenina, francesa o que se las da de tal, ejerce talentos jerarquizados y reconocidos por ministros de Estado, parlamentarios y “petitmetres”. “Incitantes y rozagantes” son, dice Eduardo Balmaceda, las “demi-mondaines” Adèle Cousirat, Nelly Brown o las hermanas Layard. Discípulas de Liane de Pougy, de Cléo Mérode o de la Belle Otero, oficialmente “modistas” en los registros de inmigración a partir de los años 80, hacen carrera, como sus modelos, en la vida galante... dando motivo ocasionalmente a afrentas públicas que pueden llegar a ser la comidilla de los periódicos.

Luego, la distancia no es tanta entre las “cocottes” de departamento discreto

¹⁰⁵Biografías de esos “chilenos ilustres” del extranjero en G. Vial C., *op. cit.*, pp. 652-656.

¹⁰⁶Cf. C. Silva Vildósola, “Aristocracias en Chile”, *Revista Pacifico Magazine*, Valparaíso, febrero 1916. El arquetipo de esos falsos duques, falsos condes y falsos marqueses, sería —según Gonzalo Vial Félix Ossa, “marqués” de Montemar y, durante quince años, cónsul sibarita de Chile en Monte-Carlo.

¹⁰⁷Cf. *infra*, 5.1.

¹⁰⁸Cf. la novela de Tomás Gatica, *La cachetona* de 1913, seguida de *Gran Mundo* (1909). Las *cachetonas*, “damas que tienen un querido”, son, escribe Senén Palacios en *Hogar chileno* (1910), “más numerosas que las marraquetas de la panadería del Gallo”.

y las de otros diversos lugares¹⁰⁹, en que el sector francés, por las calles Jofré, Nataniel, Pedregal y García Reyes, recoge, frente a sus competidores húngaros, peruanos o polacos, un máximum de aceptación. El *Baedeker* de 1910, siempre bien informado, hace hincapié en “el buen número de las casas de diversión”, y recuerda al viajero que “puede obtener su dirección de los cocheros del servicio público”.

2.4. *Las seducciones de la “vida inútil”*

La contrapartida de esa forma de vida, dice Encina, es el vacío del alma, la pereza, el tedio, pero también la caza de dotes, y todos los desprecios que recaen sobre los *pijes*, *siúticos* y otros *pipiolos*, variedades criollas de snobs que aspiran al honor de esa vida inútil¹¹⁰. Sólo la actividad política encuentra aceptación entre algunos de esos *caballeros* que ven en ella, según Lastarria, “el único deporte digno de los oligarcas”.

Pero ¿no ha influido este comportamiento en las clases medias? ¿No ha arruinado el sentido del esfuerzo, el espíritu de empresa y el deseo de progreso que Encina, cediendo al mito de la edad de oro, atribuía, tal vez con excesiva benevolencia, a las generaciones anteriores? Todo indica —hasta las campanas xenóforas¹¹¹— que, a partir de 1880, el esfuerzo, el trabajo y la creación de la riqueza constituyen la tarea de inmigrantes europeos u orientales. El chileno provisto de alguna instrucción se instala en las “pegas” del sector privado o engrosa las filas del inquilinaje del Estado¹¹², un Estado presa de un súbito ataque de elefantiasis administrativa que paraliza las iniciativas y vuelve ilusorias las verdaderas reformas.

A la vida parisina y despreocupada de los trasplantados corresponde localmente el “tropismo” de Santiago, reacción instintiva que suscita, tanto en los ambiciosos del agro como en los futuros Premios Nobel —Mistral y Neruda—, el deseo de un encuentro con Europa y, particularmente, con Francia. “Esto se debe, dice el novelista Santiván, a que la compañía de los Fernández y de los González sería reemplazada por el descubrimiento de Maupassant, Zola, Nietzsche y la novela rusa...”.

La diversión parisina de los oligarcas no ha contribuido a la modernización

¹⁰⁹Que van desde *casas privadas* o *de diversión* hasta el infierno de los *prostíbulos*, *lenocinios* y otros *burdeles*... (en español en el texto original, N. del T.).

¹¹⁰Descrita por J. Edwards Bello, *El inútil*, Santiago, 1910.

¹¹¹Ver C. Solberg, *Immigration and Nationalism*, *op. cit.*, pp. 93-168.

¹¹²La expresión es del vigoroso polemista A. Venegas (Dr. Julio Valdés Canje), *Sinceridad Chile íntimo*, Santiago, 1910, p. 38. El número de funcionarios pasa de 3.000 en 1880 a 23.000 en 1900, con exclusión de los militares, no excediendo la jornada de trabajo, según el novelista Alone (*Pretérito imperfecto*, *Memorias*, cap. 1, p. 14), en algunos casos, de dos horas. Se entra en la administración sin preparación, sin concurso, sin títulos, a menudo por simple recomendación, a veces a partir de los 14 años. Desde 1904, según el polemista Nicolás Palacios, el número de jubilados es, en Chile, proporcionalmente tres veces más elevado que en Bélgica o en Suiza.

ni a la europeización de Chile, sino que a su desgarramiento¹¹³. La clase media ascendente de los *mediopelos*, beneficiaria de los progresos evidentes de la instrucción, no es todavía por 1914 la "clase colchón" que habrá de ser. Ella se opone a la aristocracia, pero hace cuanto puede para distinguirse del *roto* a quien desprecia. Esto se debe a que el modelo francés que ella admira es el sectarismo en materia educacional: otro patrón enajenante por su palmaria inadecuación a las realidades nacionales.

3. LA QUERRELLA DE LA EDUCACIÓN Y EL MODELO DEL SECTARISMO FRANCÉS

La historia de la enseñanza chilena en el siglo XIX puede leerse de dos maneras: refiriéndose a los buenos propósitos oficiales¹¹⁴, o bien examinando atentamente la cantidad de alumnos, los medios utilizados y los resultados. Y esto, a partir de 1810: el "grito" de Independencia lanzado por fray Camilo Henríquez en el "Prospecto" de *La Aurora de Chile* es un himno a la imprenta y un homenaje al saber en un país analfabeto:

"Está ya en nuestro poder, el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal, la Imprenta... [fiesta:] de su dignidad, al conocimiento de sus derechos..."¹¹⁵.

La Declaración de la Independencia es una verdadera declaración de guerra al analfabetismo¹¹⁶, pero el éxito se ha hecho esperar bastante debido a los persistentes disturbios, a la falta de medios y, más adelante, a la política de Portales, más preocupado por el orden público que por la educación y la formación de las conciencias.

En otros términos, en pleno corazón del siglo, Chile sigue siendo aún, como

¹¹³"Por un lado, un grupo europeizado por la sangre y la cultura, por el otro, la muchedumbre donde predominan la sangre y las costumbres indígenas. Entre ellos y sus creencias, sus mentalidades y su manera de vivir, hay un abismo", observa el historiador Luis Galdames, *Educación económica e intelectual*, Santiago, 1909, p. 210.

¹¹⁴Ver por ejemplo el *Ensayo sobre Chile* de Pérez Rosales (Santiago, 1986, Ediciones de la Universidad de Chile, Introducción y notas de Rolando Mellafe), cuya conclusión, en p. 318, presenta un país ávido de instrucción y hambriento de saber: "Cada cabecera de departamento tiene su biblioteca pública, cuyas obras que existen duplicadas, pueden ser llevadas a domicilio mediante un recibo, si la persona que las toma prestadas merece la confianza del bibliotecario... Se conceden premios anuales al trabajo, a la virtud y al saber; y agentes del ministerio de instrucción pública recorren incesantemente el país, bajo el nombre de visitadores de escuelas, a fin de vigilar a los profesores, escuchar sus observaciones y transmitir al Gobierno el resultado de las investigaciones de que están encargados, para que pueda dar a la educación de las masas un desarrollo más amplio más conforme a sus necesidades". (N de T).

¹¹⁵*La Aurora de Chile*, "Prospecto", sin fecha.

¹¹⁶Ver el primer decreto sobre la Instrucción pública, firmado por Mariano Egaña quien estipula que "los profesores debe ser mirados con consideración, vistos la importancia de su ministerio y los servicios que están llamados a dar a la patria". Sin embargo, el ministerio de Educación Pública sólo se fundará en 1837, y la enseñanza primaria gratuita, aún no obligatoria, será organizada sólo en 1860, cf. M.L. Amunátegui, *De la Instrucción primaria en Chile: Lo que es y lo que debería ser*, 1862.

sus vecinos, un campo inculto. Las estadísticas lo confirman¹¹⁷, las autoridades lo deploran¹¹⁸ y —a pesar del desarrollo cuantitativo realizado entre 1887 y 1891¹¹⁹, durante la presidencia de Balmaceda— los “cruzados” de la educación denunciarán, una vez más antes de 1914, “el empantanamiento desolador de la educación pública”¹²⁰. Ausentismo masivo en la enseñanza primaria¹²¹, falta de conocimientos de pedagogía y de ética en los maestros, lancasterianismo rudimentario a que se reduce todavía en 1860 el ciclo secundario, rutina universitaria finalmente, en la que domina la adquisición pasiva de sabias y complicadas nomenclaturas: éstos son los rasgos característicos de una sociedad receptiva, pero que se limita a reproducir por ser incapaz de crear.

Sin pasado ya que rechaza la herencia ibérica, la Universidad chilena pretende inspirarse, en todo, de los esquemas extranjeros, y estos esquemas son franceses: reglamentos napoleónicos de las escuelas, institución del bachillerato y textos escolares¹²², complemento de los famosos “apuntes” compilados por maestros mal retribuidos; de ahí que la educación chilena sea una copia aproximada de la francesa, sin por ello dejar de mantener por su formalismo algo de la herencia anacrónica de una época colonial que rechaza. Oficialmente —hasta la reforma “alemana” que se inicia en 1885¹²³—, se pretende hacer triunfar “las ideas modernas” y “el espíritu de progreso”, imprimiendo, por tanto, el sello del positivismo en la filosofía de la educación, es decir usando, una vez más, estereotipos franceses.

Si bien, en el área educacional, el balance no es muy convincente, en cambio, en el terreno de las ideas, la evolución es categórica.

¹¹⁷Particularmente las estadísticas de las *Memorias de Instrucción pública* que traducen, en cifras brutas y en porcentaje, los progresos constantes, pero lentos, de alfabetización: 9% solamente de los niños de 9 a 14 años concurren a las escuelas en 1853, 22% en 1873, 34,9% en 1903.

¹¹⁸Así lo hace el intendente poeta Salvador Sanfuentes quien, en su “Memoria” presentada al Congreso de 1849, enumera los obstáculos por vencer para que “el pueblo chileno encuentre al fin el camino de la escuela”.

¹¹⁹La escolarización de los niños de 9 a 14 años pasa, entre 1883 y 1893, de 18,9% a 28%. El número de escuelas primarias, en la misma época, pasa de 1.130 a 1.612, y el de los alumnos de 81.940 a 137.870. Fuentes: *Dirección General de Estadística, Memorias ministeriales, Boletín del Consejo de Instrucción pública 1883-1903*.

¹²⁰Según A. Venegas (Valdés Canje), *op. cit.*, p. 66.

¹²¹La tasa de “asistencia media” no sobrepasa los tres quintos de los inscritos; durante el período 1935-1938, es todavía inferior a los cuatro quintos.

¹²²El Instituto Nacional utiliza *L'Histoire grecque* de Boreau, *L'Histoire romaine* de Drioux, *L'Histoire moderne* de Michelet, *Le français* de Guillou, *La Vie de Jésus* de Didon, *La Physique* de Gamot, *L'Algèbre* y *La Trigonométrie* de Francoeur, etc. Sobre estos temas, ver nuestro libro *Les Allemands au Chili*, *op. cit.*, pp. 638-664. El mejor testimonio sobre esta enseñanza rutinaria que impregnará por tanto tiempo las mentes es, sin duda alguna, el de Rudolph Amandus Philippi, *Meine Lebensbeschreibung*, sin fecha, cuyos capítulos más sugerentes jamás han sido traducidos.

¹²³El período 1885-1914 es el llamado del “embrujo alemán”, título de una serie de artículos del polemista Eduardo de la Barra. Sobre este tema, cf. J.-P. Blancpain, *Les Allemands...*, *op. cit.*, pp. 664-701.

3.1. El "establishment" laico y positivista.

A partir del decenio de Manuel Montt (1851-1861), la cosa pública es discutida —en el ámbito reducido, es cierto, del régimen censatario. Anticlericales y anticonservadores, los nacionales montt-varista —partidarios de Montt y de su brazo derecho Varas— desean ser un partido progresista. Asignan a la educación la misión de promover "nuevas capas sociales" compenetradas del espíritu de las Luces¹²⁴.

A partir de ese momento se puede hablar de verdadera ruptura entre la tradición ibérica —cuyos representantes ya son minoritarios en la *intelligentzia*¹²⁵— y las generaciones agnósticas o ateas de los Matta, Amunátegui, Barros Arana, Aníbal Pinto, Isidoro Errázuriz, Jorge Huneeus, todos ellos ardientes partidarios del "progreso" y de los cambios.

Participar en los ritos católicos no es impedimento para dar muestras de ese "escepticismo prudente" diagnosticado por Gonzalo Vial, ni para prestar una irrestricta adhesión a la filosofía utilitarista de un Andrés Bello unánimemente escuchado.

Desde 1850 y hasta 1870, el dogmatismo católico y las afirmaciones bíblicas retroceden ante las "enseñanzas de la ciencia". Los viajes a Francia de los intelectuales chilenos imprimen un sello casi sagrado al ascenso del anticlericalismo, primero en la oposición, luego en los medios oficiales con la presidencia de Santa María en 1880. Debido a esos vientos que soplan del exterior, Chile toma un giro que lo aparta de los valores espirituales de la hispanidad.

Dos figuras dominan esta nueva corriente: el historiador Diego Barros Arana y su émulo Valentín Letelier, principal teórico de la educación después de 1885. Pr motores de la crítica rigurosa, de la razón y de la fe en el porvenir, se lanzan en la cruzada positivista y cientista, única vía para ellos de colocar a Chile en la estela de la Europa progresista.

3.2. Barros Arana y Valentín Letelier

"Voltaire chileno", "benedictino laico", "encarnación de la moral y prototipo de la moralidad"¹²⁶: éstas son fórmulas que dan fe del carisma ejercido por Barros Arana sobre sus discípulos, partidarios, al igual que él, de la instrucción moderna como único fundamento de la educación.

A partir de 1850, junto con otros compatriotas renombrados —o que lo serán¹²⁷—, es asiduo de la Sorbonne y del Collège de France donde escucha las

¹²⁴Con la preocupación de avanzar con celeridad y lograr "la síntesis de lo mejor", según Guillermo Feliú Cruz, *La Universidad de Chile, la Universidad de América*, Santiago, 1960, p. 4.

¹²⁵Entre ellos, Crescente Errázuriz (amigo del joven Barros Arana), Manuel José Yrarrázaval, Carlos Walker y Abdón Cifuentes hacia 1870-1880.

¹²⁶Según su panegirista P. Venturino, *Barros Arana, sacerdote y héroe continental*, Santiago, 1915, p. 25.

¹²⁷Así el futuro y excelente historiador de la Guerra del Salitre, Gonzalo Bulnes, quien al escuchar a Renan confiesa encontrarse "transportado a las regiones serenas del Espíritu".

clases magistrales de Renan¹²⁸, Comte y Littré. Su propio itinerario espiritual es característico, pues a partir del deísmo de su adolescencia pasa a la religión laica y al agnosticismo, para llegar a un ateísmo militante y receloso, hasta ingenuo¹²⁹, que con la edad se irá exacerbando. Toda su obra, y particularmente los 16 volúmenes de su erudita *Historia general* de Chile —“columna vertebral del pasado nacional”¹³⁰ que se publica entre 1884 y 1902— dejan traslucirse esa convicción que lo lleva a emitir juicios asaz categóricos. Por cierto, las cualidades de la obra son notables: estructura rigurosa, erudición infalible, espíritu crítico y un instinto certerísimo para detectar los testimonios dudosos. La redacción es clara, sobria la exposición; las brillantes metáforas son proscritas, pero respetados los hechos y el juicio del lector. Sin embargo, aflora la creencia ingenua en una posible objetividad, sin tener en cuenta los estilos de pensamiento o las asociaciones de ideas, vale decir las pasiones personales. Hay en él una visión nueva del pasado y una nueva escritura del mismo, esto para ponerlo al servicio del presente con la notable incapacidad —o negativa— de internarse dentro de las mentalidades de antaño o en el “pensamiento salvaje”. Así, por ejemplo, son denunciados los milagros referidos por el discurso jesuítico, el papel de la Iglesia en la dirección de las conciencias, la moral social de la época colonial, el fracaso de la evangelización de los araucanos¹³¹. “Todo demuestra, asegura Barros Arana, que el sentir de aquella sociedad (la chilena del siglo XVIII) sólo fue una mezcla de supersticiones inspiradas por el fanatismo más exaltado y expresadas en manifestaciones externas de las más chocantes, debajo de las cuales se disimula una depravación de las costumbres y una ausencia total de probidad moral”.

Valentín Letelier, por su parte, encontró su fe positivista en las *Lecciones* de Lastarria publicadas en 1875. Profesor en Copiapó, luego diputado en 1879, él hace de esta ciudad la cuna del radicalismo chileno¹³². Miembro de la Academia de Bellas Letras cuyos estatutos preconizan la difusión de la “verdadera filosofía”, pronto llega a ser el mejor discípulo local de Augusto Comte, considerado éste como “el genio más fecundo, pensador incomparable y sabio más acabado

¹²⁸Hasta los treinta años, tiene como libro de cabecera *L'avenir de la science*, los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* y sobre todo la *Vie de Jésus*.

¹²⁹Hacía recordar a menudo la anécdota del químico francés que negaba la transubstanciación mediante el análisis, en laboratorio, del vino y de la hostia antes y después de la consagración. En 1902 —a los setenta y dos años— afirma que una moral “que impone la confesión, la comunión y la asistencia a misa, en una palabra, que obliga a ser hipócrita, no puede hacer al hombre dueño de sí mismo y apto para grandes empresas”. Sobre Barros Arana, ver R. Donoso, *Barros Arana, educador, historiador y hombre público*, 1931; C. Orrego, *Barros Arana*, 1952.

¹³⁰Según S. Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, *op. cit.*, p. 23.

¹³¹En nombre del “progreso”, juzga a los araucanos en 1850 como una “vergonzosa barbarie cuya amenaza aún pesa sobre Chile”.

¹³²Esto no es una casualidad. Las minas de Chañarcillo, luego las de Tres Puntas explotadas en 1848, habían generado, en Copiapó, una clase de nuevos ricos —los Gallo, Matta y Ossa— empujados de una clase media adversa al clero y a los oligarcas de Santiago. En *Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika an den Ufern des Stillen Ozeans*, el viajero silesio Paul Treutler relata con humor las peripecias de la lucha entre el obispo y los radicales de la ciudad desde 1851 a 1858.

d los tiempos antiguos y modernos". Gracias a la *Revista Literaria de Copiapó* que funda en 1878, luego a la "Sociedad Literaria Augusto Comte" (1882) y, en fin, a un periódico efímero, *El Positivismo*, V. Letelier da de conocer en Chile, las enseñanzas de Comte, Taine y Renan. Traduce también los *Eléments de philosophie positive* y, luego, los *Opuscules* de Littré y, además, dicta una serie de conferencias en Santiago sobre el tema único de "Orden y Progreso".

Se observará, sin embargo, que como buenos laicos racionalistas e individualistas, V. Letelier y Barros Arana no han rendido culto a la nueva Religión de la Humanidad abrazada espontáneamente por otros chilenos, como los curiosos hermanos Lagarrigue¹³³. Hacia 1890, por su anticlericalismo, V. Letelier se torna en "el Jules Ferry de la educación chilena". No pierde oportunidad para anatemizar "la comprobada ineficacia de la enseñanza católica" y a "los medievales hagiógrafos de una educación nacional anacrónica".

Desde el punto de vista de V. Letelier, la teología sólo es "una petrificación del pensamiento" hecha para "perturbar el desarrollo de una cultura republicana". Sin embargo, hacia finales de siglo, este francohablante transformado en un partidario incondicional del "embrujo alemán" de la escuela chilena¹³⁴, ha resumido sus opiniones en dos obras fundamentales, *La filosofía de la educación* (1892) y *La lucha por la cultura* (1895). Quince años después, siendo rector de la Universidad de Chile, será secundado y, pronto, aventajado por dos discípulos atrabiliarios y sarcásticos, los "Doctores" Juan Serapio Lois¹³⁵ y Alejandro Venegas, alias Valdés Canje, quien terminará convirtiéndose, a fuerza de criticarla, en un demoleedor de la enseñanza así "renovada".

Por cierto, este sectarismo anticlerical y la belicosidad que dominan, a principios de siglo, las letras y la Universidad chilenas, han apresurado la laicización de la sociedad y la des cristianización de la intelligentsia; a pesar de esta transposición sin adaptación, el modelo francés se vio confirmado —y no combatido— por la seducción que ejerció en el país, de 1885 a 1914, la pedagogía alemana, siendo este éxito considerado como una victoria de la kulturkampf.

Hubiese sido sorprendente que esta dinámica de la imitación, so pretexto de apropiarse los "progresos" extranjeros, no provocase reacción alguna y que la actuación de los partidarios de la universalidad de la cultura no hubiese sido considerada como contraria a la preservación del espíritu nacional. De hecho,

¹³³Respectivamente abogado, médico, escultor y matemático, estos cuatro hermanos "trasplantados" dan públicas muestras de una devoción rigurosa hacia el maestro Auguste Comte. El mayor, Juan Enrique, publica en 1884 *La religion de l'humanité*, y el menor, Jorge, traduce ya en 1857 los *Principes de philosophie positive* de Littré. Olvidado de sus orígenes, vivirá hasta su muerte en Montparnasse, rodeado de los escritos y bustos de su maestro.

¹³⁴Por admiración hacia la Universidad de Humboldt, que conoció en 1885, siendo secretario de la Legación de Chile en Berlín.

¹³⁵Positivista ardiente, miembro de la logia "Orden y Libertad" de Copiapó, polemista fogoso, cuyo anticlericalismo raya en la histeria. Su panfleto más conocido se intitula... *El bandido de Nazareth*.

en la “polémica del centenario” se ilustrarán, encarnizadamente, los adversarios de la nueva corriente.

3.3. *La reacción nacionalista*

Encina fue el primero en lamentar el olvido “del sabor y de las orientaciones nacionales”; las reformas, según él, sólo acrecentaron la mediocridad de los maestros, su falta de imaginación, su servil sumisión frente al libro extranjero, particularmente francés¹³⁶. Ve al nuevo sistema como “un vestido de seda rosa pálido, el talle fino y esbelto de una modelo de Paquín, llevado por una araucana recia, retaca, ventruda y desgredada”.

Inadaptación, por tanto, pero principalmente peligro de desnacionalización y de enajenación, tanto más grave cuanto que la aplicación de la reforma coincide con la “invasión extranjera” de migrantes sin equipaje denunciada por polemistas provocativos como Tancredo Pinochet¹³⁷. Los programas de enseñanza impuestos al niño chileno pronto hacen de él un apátrida cultural: se otorga a las lenguas extranjeras más importancia que a la propia; la literatura chilena, tan rica en la época colonial, viene después de los autores franceses; la historia y la geografía de Chile parecen vedadas en beneficio de los egipcios, los griegos o las peripecias del conflicto franco-prusiano. El estudio de la botánica se hace con libros franceses que tratan de plantas desconocidas en Chile¹³⁸. El historiador Luis Galdames declara en 1910: “Se niegan a enseñar al niño su patria, sus héroes, su memoria”.

Pero hay algo peor: detrás de la afirmación “científica”, asoma un mal notorio y antiguo que, lejos de ser conjurado, se acrecenta y generaliza: el abuso de la teoría, de la memoria, del enciclopedismo, la dictadura del formalismo, de las terminologías y de las clasificaciones, todo lo cual desemboca en la incapacidad de observar, de dominar lo concreto, y asimilar técnicas. “Se quiso convertir a los chilenitos en unos Pico della Mirandola, unos sabelotodo” acotó Gonzalo Vial refiriéndose con ello al tesoro de las crónicas y de los recuerdos de la época.

Reconociéndose un mejoramiento en las primeras letras e indiscutibles progresos de carácter cuantitativo, el resultado final se limita a una “educación de lo irreal” (feliz definición, una vez más, de Gonzalo Vial), formación que fortalece la inclinación a la empleomanía y el desdén por las profesiones técnicas o manuales, dejadas a los extranjeros o a seres presuntamente bastos, inferiores y anormales. Valdés Canje denuncia también la ausencia de curiosidad intelectual y, en ciertas escuelas, el “caos mental” provocado por el principio de autoridad, de jerarquía y de disciplina, bajo la férula agravante de algunos maestros germanos.

¹³⁶Cf. *Nuestra inferioridad económica*, op. cit., p. 197.

¹³⁷Autor en 1909 de *La conquista de Chile en el siglo xx*. Sobre el aumento de la xenofobia en Chile, ver C. Solberg, *Immigration and Nationalism*, op. cit., y J.-P. Blancpain, *Intelligentsia nationale et immigration européenne*, op. cit., pp. 589-597.

¹³⁸Narrada con lujo de detalles por R.A. Philippi, op. cit., pp. 579-583.

No puede sorprendernos, por tanto, la pregunta que, comprobando un fracaso, ya formuló en 1898 Edmond Desmolin —otro francés—: “¿A qué se debe la superioridad que tienen sobre nosotros los anglosajones?”. En su incansable búsqueda de la panacea, la educación chilena se vuelve hacia otro modelo: el “deweyismo” y el pragmatismo norteamericano; Darío Salas y Armando Labarca son los adalides de esta nueva campaña...

De lo expuesto se desprende una conclusión: Chile, al final del siglo pasado es un cráter de ideas, pero de ideas foráneas. Sus personeros han dado muestras de cierta perspicacia en el arte de apropiarse de los progresos extranjeros a fin de subsanar sus propias deficiencias, llenar los vacíos y recuperar los atrasos. Pero el fervor positivista, el laicismo, las lecciones de Renan, Comte y Littré poco tenían que ver con las necesidades del país real. En verdad, la burguesía culta y conquistadora, nutrida de cultura europea y viviendo feliz en un Estado de derecho, excepcional en América Latina, no podía satisfacerse con un horizonte menguado y una existencia inmóvil y monótona. La importancia de las ideas francesas en el proceso de la Independencia y el hecho de que hayan servido de lazo entre las élites del continente, permiten entender por qué los movimientos literarios, las corrientes artísticas, así como los proyectos pedagógicos, han sido transmitidos por Francia. Pero el Chile profundo, mayoritario y sin voz hasta 1920, no participaba en aquello. La democratización progresiva de la sociedad chilena y el deslucimiento de Francia después de 1918 tendrán como consecuencia un indiscutible menoscabo del magisterio intelectual que ella había ejercido hasta entonces con absoluta naturalidad y sin siquiera habérselo propuesto.

La vida política es otro ejemplo, más significativo aun, de los paralelismos y de las transposiciones arbitrarias entre “modelos” franceses y contextos latino americanos.

4. EL HECHO POLÍTICO: SIMILITUDES Y TRANSPOSICIONES ARBITRARIAS

“Criados con la leche de la Revolución francesa, hemos recibido y copiado del léxico francés los nombres de todos los fenómenos socio-económicos que debatimos”, observa Amanda Labarca¹³⁹.

Cierto es que, como contrapartida de una dependencia económica inmediata, Chile republicano ha sido, entre todos los países sudamericanos, el primero que se dio el lujo de tener una vida política ordenada y coherente con relación a los Estados de derecho del Viejo Mundo. Mas la similitud con la vida política francesa sólo se manifiesta a partir de los años 1880 bajo la presidencia laica de Santa María. La coincidencia de ambos “lenguajes” es entonces indiscutible...

Los liberales chilenos de la época se comparan con los republicanos oportunistas franceses, y están acompañados por análogos radicales. Con algunos

¹³⁹El Mercurio, Santiago, 3 de abril de 1968.

años de atraso, aquéllos tendrán un programa idéntico al francés de Belleville y, por mucho tiempo, su lema será la versión española de “Le cléricalisme, voilà l’ennemi!”. El *Tarapacá* de Iquique escribe todavía el 9 de marzo de 1913, reproduciendo un editorial de *El Día* de Valparaíso: “...la frase de Gambetta, aquella frase lapidal que fue la chispa que encendiera la marcha libertadora del pueblo francés, aquella frase histórica que marcó el primer jalón del progreso de Francia, ha comenzado a vibrar en Chile en todos los labios que no han disecado las unciones místicas y a fulgurar en todas las conciencias que no ha adormecido el soporífero dogmático. El Clero. He aquí el enemigo. El clericalismo. He ahí la rémora que nos aplasta y nos entumece... La lucha se ha iniciado ya, y es lucha de principios y de doctrina. Es lucha de vida o de muerte”¹⁴⁰.

Ya familiarizado con París —como lo dijimos— Barros Arana vuelve a la capital francesa en los años 1880, época de las leyes escolares de Jules Ferry, y sigue apasionadamente los debates de la Cámara y del Senado. Para él, lo que es bueno para Francia debe serlo para Chile: su país debe seguir el mismo “rumbo republicano”.

Opuesta a estos admiradores de la República francesa, la Unión católica de Chile imita con exactitud al movimiento “L’Union de France” del diputado Chesnelong; defiende la enseñanza particular y la función oficial del clero, haciendo suyas las disposiciones de las leyes Falloux y Laboulaye.

No van las comparaciones más allá de la pertenencia a las mismas familias espirituales, pues las situaciones políticas son muy distintas. En efecto, mientras la derecha francesa desea restablecer la monarquía, es incuestionable en Chile la forma republicana del Estado, ya que los partidos conservadores sólo exigen el mantenimiento de la libertad de enseñanza para luchar contra la indiferencia religiosa y la descristianización, la que —contrariamente a lo que ocurre en Francia— afecta en primer término a las categorías sociales más instruidas, incluyéndose una fracción significativa de la aristocracia.

Otra diferencia importante tiene relación con la actitud del poder civil en materia de relaciones entre la Iglesia y el Estado. En absoluto se trata, en Chile, de promulgar una ley de Separación, ni en los tiempos de un laico tan fogoso como Santa María (1880), ni en 1900, ni en 1910: renunciar al patronato heredado de la Colonia hubiese significado, para el Estado, perder el control político ejercido legalmente sobre la Iglesia. Así se explica que —a pesar de los conflictos entre el Vaticano o la jerarquía católica y las autoridades civiles, y a pesar de que el Congreso, en 1884, hubiese aprobado las leyes laicas sobre los cementerios, el matrimonio civil y el estado civil— Santa María, y luego Balmaceda, se han negado a romper el lazo que unía la Iglesia al Estado, con gran indignación por parte de los liberales “lógicos”, entendiéndose los partidarios de una laicización total. Entre estos últimos, Enrique Mac Iver y Miguel Luis Amunátegui, acusarán, por lo demás, a Santa María de haberse quedado a mitad de camino,

¹⁴⁰Por ejemplo, en 1878, con motivo de la designación en la sede episcopal de Santiago de Monseñor Taforó, repetidamente rechazada por la Santa Sede. Asimismo, entre los conflictos internos de la Iglesia chilena se encuentra “la cuestión del sacristán” en 1856.

siendo contradictorio en sus planteamientos e irresoluto en la hora de las decisiones.

Se presenta otra analogía que lleva a una trasposición abusiva de la realidad chilena con los acontecimientos de la vida política francesa hacia fines de siglo, especialmente en torno al "Affaire Dreyfus". La influencia considerable del naturalismo y de Zola en las letras chilenas va acompañada de una gran admiración de los liberales por el defensor de la Verdad y del antimilitarismo francés¹⁴¹. Ahora bien, el ejército francés, todavía mayoritariamente católico, monárquico y antirrepublicano, dista mucho de parecerse al ejército chileno de entonces; éste cuenta con una oficialidad muy modesta, muy redistribuida y menospreciada por la aristocracia; por otra parte, su organización e instrucción se encuentran en plena mutación desde 1886 gracias a la misión de oficiales procedente de Alemania¹⁴².

En fin, si bien la xenofobia aparece claramente en Chile por el 1900, debido al lugar ocupado por los extranjeros en la vida económica del país y la dificultosa asimilación de algunos conglomerados¹⁴³, el antisemitismo no se manifiesta antes de los inicios de la Segunda guerra mundial¹⁴⁴. Cuesta pues comprender el paralelismo establecido por algunos intelectuales chilenos entre la situación de Francia y la de su propio país, utilizando la oposición entre el "republicano burgués Dreyfus" y el "antimilitarismo justiciero" de Zola por una parte, y el "católico aristócrata y monárquico" Esterhazy, por otra...

Sin embargo, es posible sostener que las noticias, a veces deformadas o mal interpretadas, del Affaire Dreyfus han contribuido, junto con el éxito de la contrarrevolución del 91, a promover en algunos ideólogos chilenos y en la clase obrera una fuerte corriente antimilitarista¹⁴⁵, que se acentuará por la

¹⁴¹"La definición que daba Zola de una obra de arte, la sabíamos todos de memoria", afirma el novelista Mariano Latorre, *Memorias y otras confidencias*, 1971, cap. 1, p. 23.

¹⁴²Acerca de esta metamorfosis aún externamente visible en nuestros días, cf. J.-P. Blancpain, *Les Allemands au Chili*, op. cit., III, cap. IV, pp. 702-750; G. Brunn, *Deutscher Einfluss und deutsche Interessen in der Professionalisierung einiger lateinamerikanischen Armeen vor dem I. Weltkrieg*, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Köln, 1969, Bd. IV, pp. 278-333.

¹⁴³Ver particularmente *Raza chilena* de Nicolás Palacios (1904), *La conquista de Chile en el siglo XX*, op. cit., de T. Pinochet, o las *Páginas chilenas* de J. Díaz Garcés. Sobre el rechazo de lo foráneo, véase J. Olberg, *Immigration and Nationalism*, op. cit., y J.-P. Blancpain, "Intellectuals and immigration in Chilean history..."

¹⁴⁴Los judíos serán autorizados a instalarse en Chile, después de 1933, bajo ciertas condiciones. El "Movimiento" nazi del "Jefe" Jorge González von Marees, activo a partir de 1938, encontrará simpatías, hasta 1945, en algunos militares, por ejemplo en el general Díaz. Incluso, después de la guerra, algunos panfletos estigmatizarán el comportamiento de ciertos israelitas; se les acusará de usura, de especulación inmobiliaria, de captación de divisas, pero sobre todo de haber organizado y fortalecido los partidos de izquierda cf. C. Figueroa Fernández, *Los judíos en América*, Santiago, 1948.

¹⁴⁵Creada en 1897, la Unión socialista preconiza en el artículo 23 de sus estatutos "la supresión del militarismo sobre la base del desarme universal" y el Partido socialista recomienda, ese mismo año, "la supresión de los ejércitos profesionales".

intervención del ejército en la represión de los motines populares a partir de 1903. Para los partidos marxistas que entonces se están estructurando, la condición de obrero y la de soldado son antinómicas, siendo el deber del primero no usar nunca el uniforme del otro, verdadera “vergüenza para sus compañeros”¹⁴⁶.

Después de 1910, la influencia francesa se aminora considerablemente en la vida política chilena cuyos actores se multiplican por el papel activo de dos categorías hasta entonces embrionarias o silenciosas; primero, los intelectuales pequeños burgueses —hasta entonces “siúuticos” para la aristocracia y “futres” para el pueblo—, favorecidos por la gratuidad y el progreso de la educación pública; luego, el proletariado de las minas y ciudades, de organización y orientación revolucionarias, representado por la Federación obrera de Chile, luego por el Partido socialista que funda Recabarren¹⁴⁷ en 1912, y que, en 1926, se transforma en el Partido comunista de Chile, afiliado a la III Internacional.

El tablero político nacional presentará todavía semejanzas con el francés en el decenio del 30: la experiencia del Frente popular en 1938, el papel de los radicales durante la presidencia de Juan Antonio Ríos (1942-1946) y Gabriel González Videla (1946-1952), la prueba de fuerza también con los comunistas víctimas de la ley, llamada de “defensa de la democracia”, derogada diez años después por “el general de la esperanza” Carlos Ibáñez del Campo que, en su segunda presidencia (1952-1958), se impone a la derecha, a los radicales y a los socialistas.

La comparación salta a la vista y lleva al observador francés a imaginarse que captará con facilidad el juego político chileno. Sin embargo, no ocurre así, pues hay otros factores indispensables para una apreciación justa: la importancia del prestigio personal (véase Arturo Alessandri o Ibáñez, aun en 1952), la dependencia económica de Chile cuyo único salario es el cobre, las reformas prometidas, postergadas, iniciadas o reiniciadas; por ello, las crisis, la intervención del ejército por intimidación o directamente por “cuartelazos” en las crisis —1925, 1932, 1973...—, en síntesis, el funcionamiento disparejo de una democracia formal y frágil, cuyo cuerpo electoral se europeiza sobre todo por el número: 300.000 electores en 1925, cerca de 4 millones en 1971.

Desde hace más de veinte años, la vida política chilena ya no se inspira siquiera de las apariencias de la vida política francesa. En primer término, está condicionada por la ruda competencia ideológica y militar de las grandes potencias.

¹⁴⁶“ Antes de vestir el uniforme, declara *El Trabajo* de Iquique en 1903, el soldado ha sido obrero y volverá a serlo después”. El objetivo proclamado por el partido socialista es que “ningún obrero sea soldado”. Citado por G. Vial C., *op. cit.*, p. 803.

¹⁴⁷Tipógrafo autodidacta, dotado de un reconocido sentido de la organización. Elegido diputado demócrata por Antofagasta en 1906, será destituido de su mandato por el Congreso. Reelegido en 1921, transforma el partido obrero en partido comunista, adhiriendo sin reservas a la III Internacional. Se suicidará en 1924; cf. J.C. Jobet, *Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, Santiago, 1955.

Pero la presencia francesa en América se manifiesta también por la existencia de comunidades de origen francés, descendientes de las migraciones del siglo XIX: barcelonetenses en Méjico, aveyroneses en Pigüé, vascos y charenteses en Traiguén y la Frontera. Los francochilenos y los franceses de Chile han constituido una base demográfica para la influencia francesa que merece ser destacada.

5. FRANCO-CHILENOS Y FRANCESES DE CHILE

La influencia de Francia en la política extranjera chilena del siglo XIX es exigua, por no decir nula ¡para qué comentar el apoyo de Napoleón III a la extravagancia monárquica del famoso Antoine-Orélie! En cambio, los franceses en “las colonias de Chile”¹⁴⁸ han sido, por sus actividades económicas y su participación original en la vida y en la sociabilidad chilenas, los agentes permanentes, involuntarios pero insustituibles, de la influencia francesa en este país desde mediados de siglo.

Según la estadística oficial, 8.413 franceses —de 35.528 inmigrantes europeos— habrían llegado a Chile entre octubre de 1882 y diciembre de 1897, situándose el mayor flujo entre noviembre de 1888 y fines de 1890 con más de 5.000 entradas, 6.500 en total entre abril de 1896 y diciembre de 1891¹⁴⁹, período que corresponde al impulso decisivo en el acondicionamiento económico de la Araucanía. Estas cifras sólo proporcionan un orden de magnitud, pues ha de restárseles los decepcionados que volvieron a cruzar los Andes, y sumárseles los ingresos aislados o “libres”, es decir, que escaparon al control de las sociedades de emigración o a la contratación de la Agencia General¹⁵⁰ de Colonización de Chile en Europa, activa desde octubre de 1882 hasta marzo de 1898, pero con largas interrupciones.

Franceses y bi-nacionales inscritos en los diversos consulados sobrepasan en 1885 los 4.000, los 9.800 en 1900, y los 10.000 en 1914¹⁵¹. Aquellargocamino que llevaba “al último rincón del mundo” según la expresión usual de entonces, otros franceses ya lo habían recorrido un siglo antes. En primer término, el grupo, habitual en las Américas, de los sobrevivientes de las guerras napoleónicas, valerosos compañeros de armas en las luchas por la Independencia,

¹⁴⁸Título de las publicaciones oficiales de la “Agencia general de Colonización de Chile en Europa”, distribuidas en Francia en los años 1884-1890.

¹⁴⁹Ver las *Memorias de la Agencia de Colonización de Chile en Europa de 1883 a 1894*, resumidas por Nicolás Vega, *La Inmigración europea en Chile 1882-1895*. Para el período 1900-1908, ver *Inspección general de Tierras y Colonización*, *Archivo Nacional de Chile*.

¹⁵⁰Sobre esta agencia oficial, sus oficinas en Francia y en Europa, sus oficinas en Francia y en Europa, sus campañas y sus resultados, cf. J.-P. Blancpain, *Les Allemands au Chili*, *op. cit.*, pp. 473-484.

¹⁵¹Después de 1918, la cifra aparece considerablemente abultada —y falseada— debido a la inscripción de los “turcos”, ex súbditos del Imperio otomano, convertidos en sirio-libaneses y considerados por Chile como “franceses”.

recompensados por el honorable lugar que ocupan en los álbumes militares nacionales; Viel, Brayer, Beauchef, Rondizzoni, como consta en esas obras, han sido dignos del reconocimiento de Chile¹⁵². Tras ellos, de 1830 a 1850, llega el habitual cortejo de aventureros, intrigantes y estafadores, expertos en engañar por un tiempo a los noveles conductores de la joven República... pero llegan también auténticos hombres de ciencia, así los geógrafos Bonpland y Pissis¹⁵³, a los que superará el enciclopédico Claude Gay¹⁵⁴, cuya obra monumental, rigurosa y honesta constituye "el aporte más valioso al conocimiento de la economía y de la sociedad rurales de Chile a mediados de siglo". Humilde y discreto, este chileno de corazón y adopción es uno de los escasos extranjeros a quienes se ha otorgado, por su incomparable labor en el inventario del país, el honor y el privilegio de la ciudadanía chilena¹⁵⁵.

En cuanto a número, a pesar de la dispersión —debida tanto al éxito como al fracaso— y de la dilución resultante de los matrimonios mixtos, los franceses observados por Bellesort en 1897¹⁵⁶, y empadronados por Vega en 1903¹⁵⁷, forman la cuarta "colonia" extranjera de Chile, después de la española, la alemana y la italiana; pero, con toda seguridad, es la primera en Santiago por su aporte a las actividades comerciales y por el prestigio atribuido a su país de origen. Una activa solidaridad le da aun más cohesión a través de una red de

¹⁵²Cf. Pedro Pablo Figueroa, *Álbum militar de Chile 1810-1879*, que incluye las biografías de Viel, pp. 325-339, Beauchef, pp. 375-407, Rondizzoni, pp. 407-411. Ver también Guillermo Feliú Cruz, *Memorias militares, para servir a la historia de la Independencia, del Coronel Don Jorge Beauchef 1817-1829 y Epistolario 1815-1840*, Santiago, 1964; J.T. Medina, *Biografía del general José Rondizzoni*, 1914; y B. Vicuña Mackenna, "Don José Beauchef", *Revista del Pacífico*, 1858, t. 1, pp. 9-33. A título de información también, *Les messagers de l'Indépendance*, de J. Descola, París, 1973, y la retrospectiva "Los franceses en Chile 1730-1830", *El Mercurio* 4 y 9 de mayo, 7 de junio de 1883.

¹⁵³El primero era el compañero de Humboldt. En cuanto a Amédée Pissis, es el autor, en 1860, de las *Descriptions* de provincias: Aconcagua y Valparaíso en 1854 y 1858, Colchagua en 1860, seguidas de una *Géographie du Chili* publicada en 1875. El naturalista Rudolf Amandus Philippi no lo tiene en muy alta estimación, pues, en sus *Memorias*, opone la mediocridad de las investigaciones de Pissis a la "labor digna de admiración" de Claude Gay.

¹⁵⁴Nacido en Draguignan en 1800. Autor, en los años 1840-1850, de una suma sobre Chile de 30 volúmenes: de los cuales 8 de historia, 8 de botánica y otro tanto de zoología; además de sus dos notables *Atlas*, los dos tomos intitulados *Agricultura* son, a pesar de sus lagunas, una obra maestra, Cf. S. Villalobos, *Claudio Gay, testigo de un Chile de hace más de un siglo*, Santiago, 1967.

¹⁵⁵Por ley del 29 diciembre de 1841, firmada por los presidentes Bulnes y Montt. Diferente de la nacionalidad acordada sin dificultad a los migrantes para apurar su asimilación, la ciudadanía —con derecho a la elegibilidad y al ejercicio de funciones políticas— en Chile está reservada en virtud del "jus soli" a los súbditos nacionales nacidos en el país. El caso de Gay, excepcional, prueba la estima y gratitud de las autoridades respecto al hombre y a la obra. "Era, escribe R.A. Philippi, un sabio que sabe abrir los ojos, informarse, construir, a partir de esos informes, mapas más exactos que los de Pissis que le costaron al Estado más de 100.000 pesos sin contar las ayudas oficiales de toda índole". El tomo 1 de la *Historia física y política de Chile* de Gay, publicado en 1844, indica orgulosamente: "...publicada bajo los auspicios del Supremo Gobierno por Claudio Gay, ciudadano chileno, individuo de varias sociedades científicas nacionales y extranjeras, caballero de la Legión de Honor".

¹⁵⁶Cf. *Chili et Bolivie, la jeune Amérique*, París, 1897.

¹⁵⁷*Album de la colonie française au Chili*, Santiago, 1903.

instituciones mutualistas, caritativas y recreativas. Sólo le es comparable la “colonia” alemana, concentrada en el sur del país, más antigua —se remonta, fundamentalmente, a 1848— y mejor apoyada por su metrópoli.

5.1. *Los proveedores de la aristocracia*

Hacia 1895, la tutela económica y financiera ejercida por Gran Bretaña sobre Chile apunta a la invalidación del notable impulso de Alemania cuyos intercambios comerciales con Chile han pasado, entre 1890 y 1895, de 7 a 22 millones de libras. “Vendemos aquí cuchillos y arados, juguetes de Nuremberg y locomotoras Borsig, medias y confecciones, soldados de plomo y cañones Krupp”, obervan con orgullo dos comerciantes germanos¹⁵⁸. Conquistados los mercados, siguen las inversiones: en 1908, de los 4.000 millones de marcos colocados en América Latina¹⁵⁹, 500 millones van a Chile. “Los alemanes poco a poco van desplazando a los ingleses”, concluye un viajero francés¹⁶⁰.

En este aspecto, por cierto, los franceses siguen lejos en cuanto a volumen de inversiones, aunque éstas, concentradas en algunos sectores, pasan, en 1910, de los 300 millones de pesos, 85 de los cuales en el comercio y 45 en la industria.

Los curtidos son una especialidad vasca; los franceses y franco-chilenos de este origen controlan a partir de 1875 el 40% de las industrias del cuero¹⁶¹. El comercio detallista de la capital es igualmente francés en un 45%. Los grandes almacenes son “Casas Francesas”, sucursales del Printemps y de las Galeries Lafayette, cuyos jefes de áreas llegados de Francia aspiran a instalarse por su cuenta, pues en el comercio de lujo —perfumería, peinados, joyería, modas— los franceses son los reyes. Aún en 1920, más de 20 tiendas especializadas, del estilo “Bonheur des Dames”, se encargan de proporcionar a las elegantes capitalinas las tenidas y accesorios parisinos de última moda.

Estos comerciantes son los proveedores habituales de una alta sociedad más atraída por los palacetes parisinos que por la monótona vida santiaguina. ¿Ejemplos? Se eligen las sedas en las casas Pra¹⁶², Otero o Burgalat, cuyo dueño, en cuanto llegó en 1887, asumió la presidencia de la “Alianza Francesa” local. Establecida en el 527 de la calle Condell, “Madame Philo¹⁶³” compite en el

¹⁵⁸K. Krebs y G. Pommerenke, “Deutscher Handel und deutsche Schiffahrt in Chile”, *Deutsche Arbeit in Chile*, Santiago, 1910, p. 78.

¹⁵⁹W. Vallentin, *Das Deutschtum in Sudamerika*, Berlín, 1908, vi, p 62.

¹⁶⁰C. de Cordemoy, *op. cit.*, p. 23.

¹⁶¹Placier, Ouvrieu, Ayçaguer, Duhalde, Dunoguier, Etchepare, Pepay, Ilharreborde, etc. El curtidor Dorte quien, junto con su competidor el alemán Rudloff de Valdivia, calzó al ejército chileno en Perú en 1879-1884, bien puede describir entonces a sus compatriotas, y con los colores más halagüenos, en *L'avenir au Chili des émigrants européens*, Santiago, 1884.

¹⁶²“La más hermosa de las tiendas de Santiago. Es un Louvre en miniatura hacia donde las señoras se precipitan cada tarde”, según Cordemoy, *op. cit.*, p. 90.

¹⁶³“Se apreciará el gusto refinado de su propietaria que sabe, con mucha gracia, destacar el “chic” francés. Esta dama —de las más distinguidas— hace frecuentes viajes a París para elegir las últimas creaciones en sombreros, abrigos, trajes y todas las novedades para vestir con elegancia a las señoras de la aristocracia”, comenta el *Annuaire des Français du Chili* de 1925.

Portefeuilles
 Portes-Monnaies
 Portes-Billets
 Bourses



Malles et Valises
 DE
 Tous Genres
 Sacs de Voyage
 Nécessaires

P. BATMALE
FABRIQUE d'ARTICLES de VOYAGE et MAROQUINERIE
Maison fondée en 1889, Rue Catedral 1941 et Avenue Brésil 533

Cette maison fabrique dans ses ateliers tous les articles de ce genre avec des machines nouvelles et perfectionnées.

Fig. 2. Aviso de la Casa P. Batmale en los periódicos de la época.

arte de vestir a las elegantes de la Sociedad con "Madame Boré", "Marthe et Antoinette", los Sres. Pinaud y Bouzigue o bien "Monsieur Dumas" llegado en 1882. Esas damas son "corseteadas" por Pouget, calzadas por Pepay o Vuleitch, ensombreradas por Albert Jojot, quien llegó de su provinciano Gers en 1884 para abrir en Santiago sus "modes parisiennes"; además, ellas son peinadas por Cotre y Reboux, perfumadas por Eugène Cauquelin o Emile Potin quien, según reza el *Annuaire des Français du Chili* "ha sabido renovar de modo radical el arte capilar nacional".

Los caballeros se visten con Martial Deglane, ex cortador de Pinaud o con Auspont y, en 1905, con Henri Foix. Usan sombreros Gelot proporcionados por Armand Launay, rival desde 1887 de Jean Haudeville cuya "Ville de Londres" posee unas diez sucursales en provincia.

Tapices, porcelanas y cristalería se compran desde 1845 en la Casa Muzard, o a Lévêque, su competidor, propietario de las "Nouveautés Parisiennes".

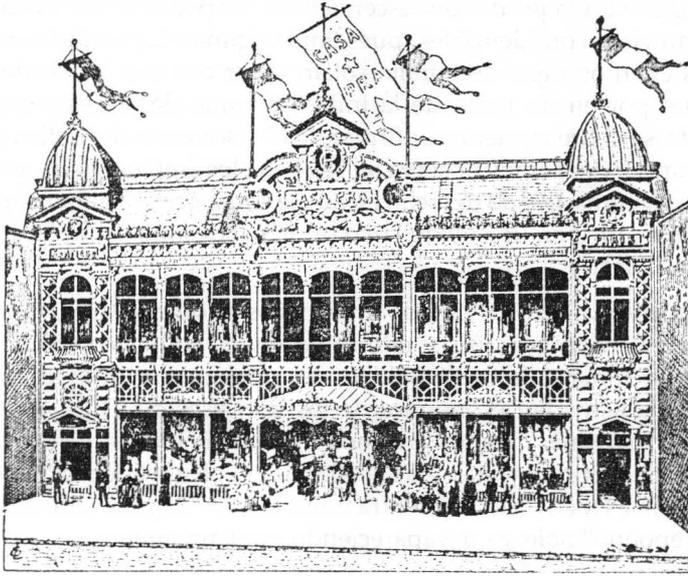
Perrin, en la calle Merced, proporciona a las jóvenes bien educadas *Le Journal des ouvrages des dames*, *Mon aiguille*, *Paris-broderie*, *Mademoiselle* y *Les albums de cousine Claire*. En fin, el título de "Rendez-vous de l'aristocratie" corresponde a la pastelería-confitería de Mme. Berthe Pinaud "cuyo exquisito tacto supo

SANTIAGO
1033 a 1071
Rue Huérfanos

PRA ET C^{IE}.

VALPARAISO
51
Rue Esmeralda

Maison d'Achat à Paris et Londres



MAISON D'IMPORTATION DE HAUTES NOUVEAUTÉS LA PLUS VASTE DE L'AMÉRIQUE DU SUD

La maison PRA a été fondée en 1865 par Monsieur Claude Pra.

On peut assurer qu'elle a été et est l'élément le plus actif de la vulgarisation des industries d'Articles de Haute Fantaisie et de Modes dont la France a de tout temps gardé la suprématie.

Avant d'occuper le vaste édifice actuel, elle a successivement grandi dans deux locaux situés «Pasaje Matte», chacun d'eux marquant un pas considérable dans le développement de ses affaires. Le dernier de ces locaux est celui qui donne sur la rue del Estado; à l'époque où elle s'y établit, cet emplacement qui semblait trop grand pour les besoins de la capitale du Chili, devenait en peu d'années trop exigü pour l'importance croissante de ses affaires.

C'est alors que Messieurs PRA & Cie, confiants dans le succès qui avait toujours répondu à leurs intelligents efforts, tentèrent en 1897, à leurs risques et périls, cet heureux essai de décentralisation qui eût pour effet de déplacer l'axe commercial de la cité, qui paraissait cependant être immuablement fixé dans le quadrilatère formé par

Fig. 3. Prospecto de la Casa Pra, proveedora de la aristocracia chilena.

otorgar tal celebridad a su establecimiento que éste llegó a ser el más reputado y mejor frecuentado de la capital¹⁶⁴.

Entre estos proveedores “de tacto exquisito” y su encoquetada clientela criolla, existen relaciones fundadas en una confianza recíproca, ocasionalmente matizadas con un toque de condescendencia. No pocas veces, dichas relaciones cobraban visos confidenciales, pues tanto algunas damas de la aristocracia como unos cuantos hijos de familia solían tener con sus proveedores unas cuentas que, por efecto tanto de la inflación como de la despreocupación, solían abultarse sobre manera; confirmando el testimonio del crítico Alone¹⁶⁵, el viajero francés Cordemoy observa en 1899 que los empleados de los ministerios, jóvenes estudiantes de derecho en su mayoría, ocasionalmente presentes en sus oficinas, reciben un sueldo cuyo principal destino es “aplacar la impaciencia” de su sastre.

El arte de vivir y la dulce vida de unos pocos se deteriorarán, ciertamente, después de 1918 con las crisis y el encono de los conflictos sociales, con la política proteccionista, la inestabilidad del cambio y la inseguridad de los bienes; pero la actividad económica de los franceses de Chile, así como las aspiraciones “parisinas” de los chilenos más acomodados, conservan cierta vitalidad hasta el corte —fatal— de 1940. Para el observador extranjero¹⁶⁶, el Chile de entonces todavía se encuentra fuertemente “impregnado de Francia”, y la “Belle époque” sólo va desapareciendo paulatinamente.

5.2. La viña y el trigo

No todos los franceses de Chile están en Santiago. Pese a los juicios negativos de un Vicuña Mackenna (francohablante, sin embargo, y apasionado por la cultura francesa), quien acusaba a los franceses de ser “los peores de los inmigrantes”¹⁶⁷, los grandes propietarios vitícolas del Valle Central atrajeron a sus viñedos, desde 1850, a algunos centenares de enólogos y jefes de bodega de la región de Burdeos, de las Charentes, y también del Languedoc; así fueron introducidas las cepas francesas —Pinot, Cabernet, Merlot, Riesling, Sauvignon— cuyos rendimientos alcanzarán hasta 40.000 litros por hectárea. De 1850 a 1890 unas 20.000 hectáreas de un total de 70.000 serán transformadas por procedimientos franceses, empezando por los lomajes más afamados:

¹⁶⁴A. Escobar, *Anuario de la Colonia francesa en Chile*, 1920, p. 21.

¹⁶⁵Que cuenta con gracia su propia contratación como funcionario a los 14 años, con dos horas diarias de trabajo, agradable forma de iniciar una larga carrera literaria gracias a la protección oficial, cf. Alone, *Préterito imperfecto*, *Memorias*, cap. 1, p. 14-17, Santiago, 1976, cf. *supra*, N° 112.

¹⁶⁶Sobre todo el americano L.E. Eliott, *Chile to-day and to-morrow*, Santiago, 1923, p. 303.

¹⁶⁷“Ave de paso que pierde en frases una parte valiosa de sus propias fuerzas” y a quien “parece inútil dejar Francia para acceder a la propiedad”, cf. *Bases del Informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera*, Santiago, 1865, p. 39. Véase nuestro análisis “Intelligentsia nationale et immigration européenne...”, *op. cit.*, pp. 575-579.

Ochagavía¹⁶⁸, Macul, Ovalle, Concha y Toro, Santa Rita, Undurraga. De Rancagua a Chillán, zona de viñedos de riego¹⁶⁹, numerosos serán los viticultores¹⁷⁰ que, terminado su contrato, se establecerán con sus familias en esta región, hospitalaria por el clima, la calidad de la tierra y la belleza del paisaje. Estos gerentes técnicos, se transformarán, ellos mismos o sus hijos, en pr pietarios, ayudados a su vez por compatriotas traídos de su Aquitania natal.

Germain Bachelet, cuyos padres llegaron a Chile en 1862 y que era bodeguero en la viña de Subercaseaux, es propietario en 1920 de los grandes viñeros Victoria y Santa Margarita, a las puertas de Santiago; Albert y Alfred Gabarroche, cuyo padre había trabajado donde Urmeneta desde 1874, son, treinta años después, propietarios del fundo San Ramón comprado a los mismos Subercaseaux; los Dussaillant, llegados a Chile en 1879, poseen en 1925, en Lontué, el fundo Casablanca que produce, gracias a la variedad de suelos y cepas, toda una gama de vinos tintos y blancos entre los que se distinguen los Sauternes y Barsac; a su servicio, una numerosa mano de obra, en la que hay cinco otras familias procedentes de la región de Burdeos: la de Max Hofer, Maurice Germain, Henri Normandin, Joseph Cetty, Paul Pacottet. Con los Duperrat y los Bertrand, los Estanssan —llegados a Chile en 1892— poseen en Talca el mayor establecimiento vinícola de Chile, “La Flor del Llano”, que produce 3.500.000 litros de vino al año. Ex jefes de bodega o gerentes técnicos, los Brard, Guyot de Grandmaison, Bergès, Prevosteau, Gamerre, Dabadie, Lucat, Lerdon, Leclerc, Lian, Saligue, Aubry —sólo para citar algunos nombres— han adquirido, de 1900 a 1920, propiedades vitícolas de 20 a 200 cuerdas entre Rancagua y la capital.

Por los años 1880, en el corazón de la Araucanía, finalmente conquistada por las armas chilenas, doscientas a trescientas familias de colonos aquitanos —particularmente de Agen, las Charentes y las provincias vascas francesas— van a instalarse entre Angol y Traiguén, zona cerealera que es para Chile lo que Pigüé es, en la misma época, para Argentina¹⁷¹: el centro de la colonia francesa —y suiza de lengua francesa— activa y emprendedora, constantemente provista de refuerzos que, hasta 1914, vienen a compensar las deserciones¹⁷². Ella abre, el 3 de marzo de 1891, la primera escuela de colonos de lengua francesa en Chile, aún existente bajo el patrocinio de la Alianza Francesa.

¹⁶⁸Silvestre Ochagavía fue el primero en introducir las cepas francesas en 1851 y en contratar técnicos en la región de Burdeos.

¹⁶⁹Zona particularmente favorecida pues, en ella, las enfermedades tradicionales de la viña son casi desconocidas, aparte de algunos riesgos de oidium y algunos “margarodes” que pueden afectar los viñedos de la región de Santiago.

¹⁷⁰Ver “La viticultura en Chile” con el estado completo de las viñas francesas en *Anuario de la colonia francesa en Chile*, 1927-1928.

¹⁷¹Cf. J. Andreu, B. Bennassar, R. Gaignard, *Les Aveyronnais dans la Pampa; Fondation, développement et vie de la colonie de Pigüé 1884-1974*, Toulouse, 1977.

¹⁷²Cf. *Les Allemands au Chili...*, op. cit., pp. 467-494.

Por cierto, muchos de los que el pastor Grin o el tribuno Errázuriz¹⁷³ veían en 1890 desmalezando su hijuela¹⁷⁴, abandonaron la tierra; pero los más aventajados en dinero, experiencia y valor —muchos de ellos, administradores de fundo del Chile central como los Dufeu, los Montégu, los Sabelle, los Pagnard, los Widmer, los Massicot o los Duhart— aún están ahí, fieles a cierta memoria de Francia, acogiendo con amistad en su casa o en el “Club social” al viajero que comprende y respeta su elección...

5.3. *Ser franco-chileno*

Como los demás inmigrantes europeos, los franceses de Chile se percataron de que habían elegido un país inconcluso, desfasado con relación al propio, donde la carencia de educación popular limitaba apreciablemente los contactos, donde la administración local no siempre daba pruebas de eficacia y honestidad, y donde la seguridad de las personas y de los bienes podía depender de circunstancias imprevisibles; un país que, como lo había manifestado el pastor Grin, en resumidas cuentas sólo podía satisfacer ambiciones modestas. A veces mal acogidos, esos primeros colonos sufrieron particularmente —como sus predecesores austro-alemanes en Valdivia y Llanquihue— del aislamiento, del bandolerismo y de ciertas manifestaciones de xenofobia. Sin embargo, Chile aventajaba a otros países, aparentemente mejor equipados, con fama de más ricos y que parecían garantizar a los recién llegados una mayor holgura en un tiempo menor. En efecto, a pesar de las disposiciones legales que favorecían, después de 1880, a las “colonias” multinacionales para una integración más armoniosa, cada cual era libre de sus iniciativas, de sus opiniones y de sus movimientos; la ley permitía las escuelas privadas y todas las asociaciones —y los franceses en esto no quedan cortos¹⁷⁵. También estaba autorizada la enseñanza impartida en una lengua extranjera, lo que contribuye a explicar la supervivencia del francés, a pesar de la irresistible atracción del “frañol”, esa curiosa jerga resultante de la mezcla de ambas lenguas.

Por otra parte, la aristocracia —de la que eran proveedores los migrantes urbanos— mantenía con Francia y sus representantes los contactos más estrechos. Los franceses de Chile solían acercarse a ella, y ambas agrupaciones llegaban a juntarse en asociaciones cuya importancia y brillo no dan lugar a dudas: el “Cercle”, la “Alliance Française”, el “Comité des Dames” y el de las

¹⁷³F. Grin, *Nos compatriotes au Chili*, Lausanne, 1887, pp. 96-158; I. Errázuriz, *Tres Razas*, Valparaíso, 1892, pp. 20-25, 105-118. El primero insiste en las hipotecas por levantar y en las razones de los fracasos; el segundo, muy optimista, destaca el valor de los recién llegados y sus esperanzas de buenas cosechas.

¹⁷⁴Parcela o chacra en franjas, a fin de acercar más los colonos unos a otros.

¹⁷⁵El extraordinario florecimiento de las sociedades francesas es sólo comparable con el de las alemanas (cf. J.-P. Blancpain, “Le germanisme en Amérique latine”, *Recherches germaniques*, Strasbourg, vol. 12, 1982). Valparaíso cuenta, en 1920, con 15 sociedades francesas, desde el “Cercles” hasta la “Pompe France” y desde el “Club français du Tourisme” hasta la “Alliance nationale pour le Développement de la Ville”.

Fiestas, así como la “Association de la Légion d’Honneur” o el “Comité France-Amérique”, tan activo durante la Primera Guerra Mundial. Así se encontraron entonces los franceses y los francochilenos con la flor de la aristocracia nacional¹⁷⁶.

Conservantismo y solidaridad: al “Comité des Dames” correspondió la preocupación de supervisar la “Société de Bienfaisance” o el “Comité de la colonie” para ayudar a los que no tuvieron éxito o que, por su edad o sensibilidad, no deseaban abandonar su nuevo país. Todos, en efecto, han nacido aquí o se han transformado en franceses *de* Chile y no *en* Chile (distinción terminante pero que muchos, aun en nuestros días, se niegan a aceptar).

En efecto, centenares de estos inmigrantes del extremo del mundo, sin vacilar, vuelven a ser franceses por la sangre vertida en 1914-1918, respondiendo al llamado de una metrópoli voluntariamente dejada, a veces echada de menos, pero hacia la cual no tenían ninguna deuda¹⁷⁷...

Binacionales aún en buena proporción, por tanto mediadores natos, ubicado en la intersección de dos culturas, atentos a la armonía de las relaciones entre dos países hacia los cuales, por distintas razones, sienten igual apego, los francochilenos bien saben que la circulación de las ideas y de los hombres, así como la progresión de los nacionalismos, condenan hoy en día al fracaso todas las pretensiones mesiánicas.

Una sensación de malestar, de zozobra y de desgarramiento puede, en una coyuntura difícil, invadirlos, pero su doble pertenencia los hace sensibles tanto al respeto de las diferencias como a la creencia en valores comunes. El mutuo enriquecimiento de las culturas les parece tan valioso como el recurso a la memoria y el cuidado aportado a una buena transmisión de la herencia. ¿No son ellos, mejor que nadie, capaces de conciliar el inalterado universalismo del discurso francés y las legítimas exigencias de la idiosincrasia chilena?

¹⁷⁶ Junto con los franceses acomodados aparecen apellidos chilenos que resumen el álbum de la aristocracia: Aldunate, Amunátegui, Barros, Borgoño, Cousiño, Echeñique, Freire, Larrain, Mackenna, Subercaseaux, Valdivieso, Walker... A la cabeza del “Comité Francia-América”, se encuentran en 1920 Federico Puga Borne, ex ministro de la Educación y ex embajador de Chile en París, y Alb rto Makenna Subercaseaux, intendente de Santiago. La sección de Valparaíso tiene por presidentes a los almirantes Neff y Soubllette. Los mismos apellidos se encuentran en la “Asociación de la Legión de honor”.

¹⁷⁷ Los que volvieron se reagruparon en diversas asociaciones de ex combatientes: “Union nationale” de Santiago, Valparaíso, Concepción, Traiguén; “Union des Poilus” en Antofagasta, Opiapó, Ovalle, Valparaíso (66 miembros en 1925), Santiago (más de 250). Simon, de Limache, fue dos veces herido en el ejército de Oriente en el 176º Regimiento de infantería; recibió la cruz de guerra y la medalla colonial. René Estanssan, de Talca, estaba en Charleroi, en Guise, en el Marne, en Verdun, en la Argonne, en la Somme. Félix Lemarie, de Rengo, murió a consecuencias de sus heridas cuando volvió a Chile, el 4 de junio de 1920. Jean Aribit, de Los Angeles, condecorado con la cruz de guerra y la medalla militar, fue varias veces herido en los Dardanelos. Larga lista, que contrasta con la conducta de algunos en 1939-1945, si se da crédito a las “Listas negras” de los Aliados... Habrá resistentes precoces, pero también muchos que volarán —sin salir de Chile— en auxilio de la victoria, o que vivirán esperando ser olvidados. Signo de los tiempos, sin duda, pero también consecuencia de los lazos necesariamente distendidos a lo largo de las generaciones...

América Latina, en general, y Chile, en particular, ya no se sienten deudores, hoy en día, frente a Francia, ni intelectual ni moralmente. Pasó el tiempo de los "modelos" franceses ofrecidos en exclusividad a la admiración de los latinoamericanos, aquel tiempo —con tanta fruición rememorado— de los poetas chilenos que, para ser leídos, escribían en francés, o de los novelistas que para afianzar su prestigio se inspiraban con excesiva fidelidad de Zola o Maupassant.

El carácter, hoy en día fundamentalmente teórico, de esas relaciones intelectuales no debe ser fuente de ilusiones: antes que a una educación extranjera, las preferencias de muchos chilenos van más bien a una enseñanza privada bien adaptada al sistema escolar vigente en el país.

Además, Chile —para algunos, no ha mucho, aparentemente germanófilo— no tuvo siempre la reputación de ser una de las naciones sudamericanas más cercanas a Francia. Existen, sin embargo, entre ambos países innegables afinidades espirituales, que son fuente, como se vio, de múltiples y provechosos encuentros.

A los franceses incumbe la búsqueda de los medios más seguros para respetar la herencia, quedar en contacto con ella y renovar el camino, no siempre tan llano, de las amistades franco-chilenas.